

EMILIO SALGARI

Mis memorias

Emilio Salgari

Lo que leerán a continuación son fragmentos de una biografía «ideal», retazos de la vida que Emilio Salgari soñó e inventó para hacer más llevadera su poco aventurera existencia. De su imaginación surgieron las novelas que le han hecho inmortal y su complicada biografía llena de mixtificaciones y falsedades. La culminación de esto fue Mis memorias, la supuesta autobiografía aparecida en 1928, diecisiete años después de la muerte de Salgari, escrita en realidad por Lorenzo Chiosso, profesor y tutor de sus hijos, como homenaje y reivindicación de la figura del «capitán».



Retrato del «capitán» Emilio Salgari realizado por Alberto Della Valle, al que debemos no pocas portadas de las obras del escritor.

Escribir las propias memorias, cuando las luces de la esperanza van amortiguándose, cuando ya no se está en condiciones de desear nada en la vida, cuando se está cansado por la labor realizada y por las luchas soportadas, no es cosa fácil ni agradable.

Sin embargo, en mi caso, la tarea adquiere la forma de una necesidad y de un deber. Y yo no intento sustraerme a la obligación, porque deseo que mis hijos y cuantos me amaron y me conocieron a través de mis libros, saquen, de la sincera narración de mi extraña vida de aventuras, aquellas enseñanzas y aquella áspera voluntad de batallar, aquel deseo de aventuras y de gloria que yo quisiera estuviesen infundidos en el alma de todos los jóvenes italianos. Mis memorias serán, por eso, el coronamiento de toda mi obra: la síntesis, el epílogo.

Escribo estas líneas en una melancólica mañana de enero, mientras el cielo está gris y todo es gris en torno mío. Pero la constancia, para llevar a término esta especie de testamento moral, no me faltará. Al menos así lo espero.

Se dice que algunos célebres escritores de libros de aventuras fueron, por una ironía que acaso no es tan rara como parece, hombres completamente sedentarios. El grandísimo Julio Verne, por ejemplo, según algunos, no había viajado más que alrededor... de su ciudad natal, de la cual era alcalde.

Por el contrario, yo he sacado siempre, más que de las bibliotecas, de mi experiencia personal, la sustancia de mis libros.

Fue la necesidad de desprenderme, por así decirlo, del frenesí de aventuras que todavía me poseía, lo que guió mi pluma: y así encontré, en el desarrollo novelesco de sucesos que verdaderamente sucedieron, una compensación a mi forzosa inmovilidad. No pudiendo ya correr por mares y continentes, lancé sobre el globo terráqueo a mis héroes y mis heroínas; y escribí, escribí, escribí hasta el punto en que el escribir, de remedio liberador se convirtió en una profesión. Peor: en una dolorosa profesión.

Heme aquí hoy, después de tantas luchas, después de haber publicado un montón de volúmenes, después de haber hecho la fortuna de, lo menos, dos edi-

tores, heme aquí frente a las más serias necesidades de la vida.

Heme aquí hoy obligado, para buscar un poco de azul, a recordar los lejanos días de mi mocedad.

La colina turinesa que distingo desde la ventana está blanca de nieve; en mi estudio reina la sombra; oigo las voces de mis niños que se divierten ignorando... Un poco de fiebre me pone espanto en la carne... Sé que mañana se presentará el angustioso problema del durísimo pan cotidiano... El temor de que mi adorada consorte incube el germen de una insidiosa enfermedad, oprime mi corazón... Sin embargo, ¡misterio del alma humana ...!, el recuerdo de mi agitada y violenta juventud me produce una extraña sensación de calor; una especie de embriaguez que me enorgullece.

¿Orgullosa de qué... ? ¡Bah! Acaso mi vida no ha sido inútil, acaso de las

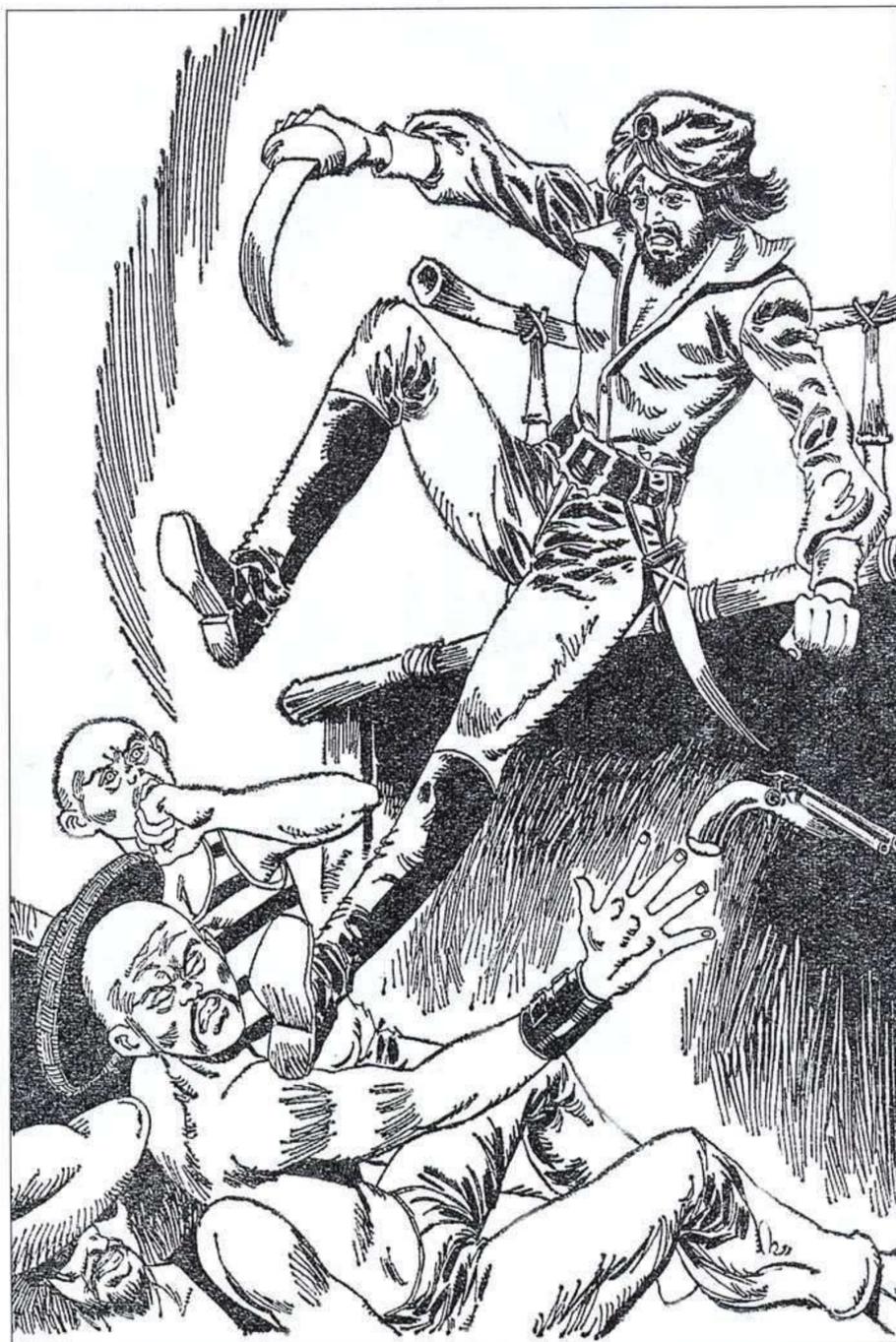
aventuras de las que fui protagonista, los jóvenes italianos hayan sacado, sacan y sacarán una enseñanza de energía, de heroísmo, de vida intensa... Acaso mi modesta y popular literatura no ha sido un sencillo y ocioso entretenimiento...

Este pensamiento me da fuerza para no sucumbir bajo las duras necesidades materiales y morales; me da fuerza para escribir mi último libro. Mi libro póstumo.

La misteriosa influencia del pasado

Nací en Verona, el 25 de septiembre de 1863, en una acomodada familia de Negrar-Valpolicella. Pero yo siempre he tenido la manía de haber nacido mucho tiempo antes.

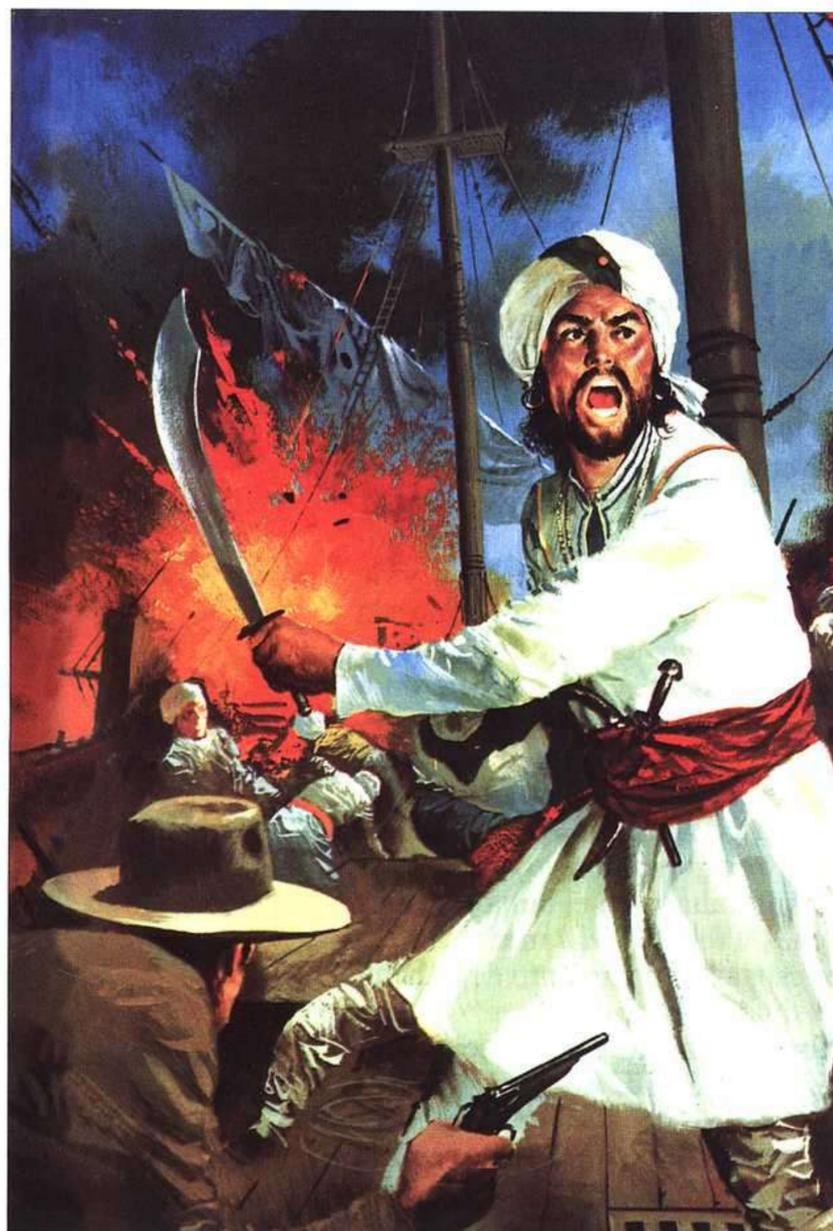
El Salgari que fue fatalmente empuja-



ESCOLANO, EL TIGRE DE MOMPRAZEM, MOLINO, 1976.



Edición italiana de 1904, con portada de Alberto Della Valle.



G & IGESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS PIRATAS DE MALASIA, GAVIOTA, 2002.

do a la más extraña vida aventurera nació seguramente antes.

Diré más: la idea de escribir novelas me aferró —es la palabra adecuada—, a guisa de consuelo y desahogo, cuando por la grave fiebre contraída en las florestas tropicales fui, a despecho mío, obligado a la vida sedentaria.

Mi padre, un comerciante de tejidos, solía decir que entre los recuerdos confusos de su mente aparecía con frecuencia una leyenda familiar que hacía descender a los Salgari de guerreros persas, uno de los cuales había llevado sus gestas hasta Venecia.

Un sabio en estudios heráldicos me quiso convencer de que la leyenda era una realidad. Dejando en paz Persia y sus famosos guerreros, lo cierto es que mi madre descendía de una familia de bravísimos marinos dálmatas, que habían combatido por una noble causa en Dinamarca. Mi madre decía también que en mis facciones reconocía las de un heroico antepasado, que había realizado verdaderos milagros de valor. Y acaso la buena señora, inconscientemente, pensaba que yo sería la reencarnación del

aventurero marino dálmata; y en las largas noches de invierno me hablaba de las grandes hazañas de mi abuelo, de sus viajes, de su entusiasmo por la liberación de los oprimidos; y entre tanto me miraba con afligida ternura.

En medio de la sencillez de sus narraciones, ella poseía el arte de hacer brillar la nota de valor y audacia.

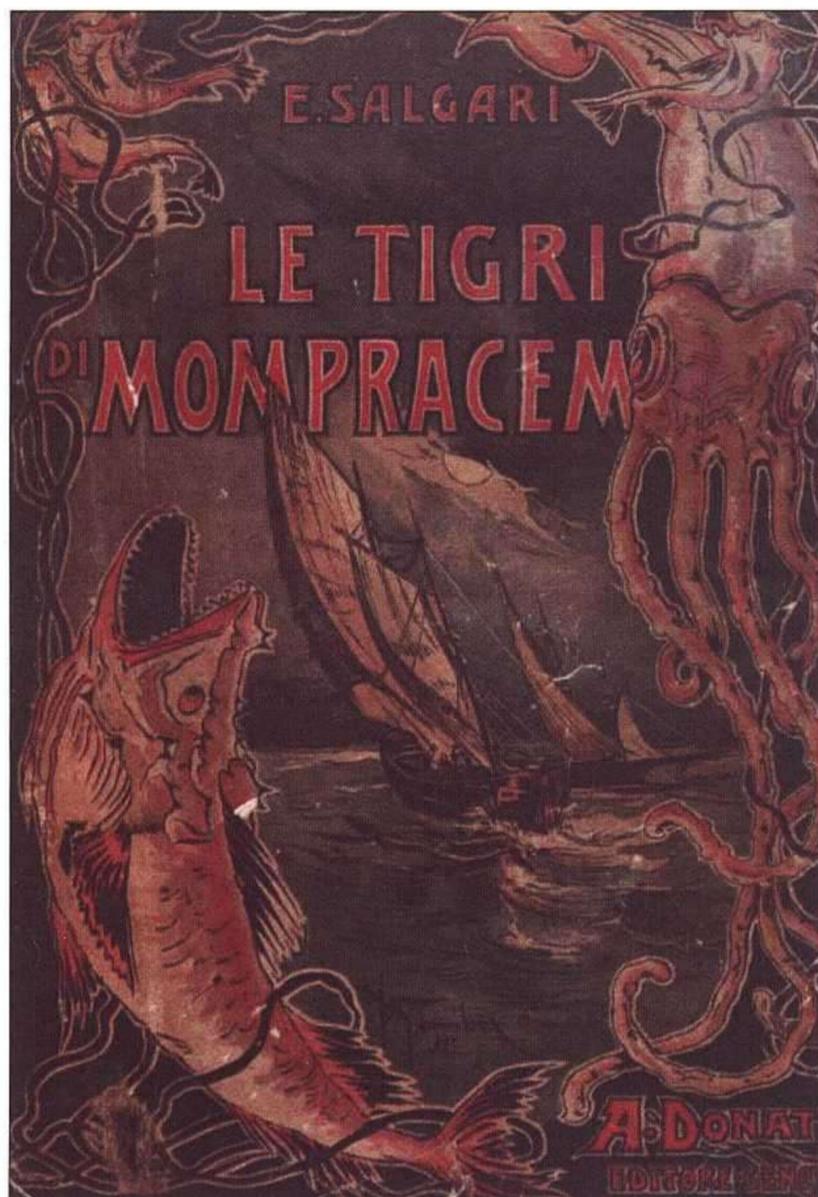
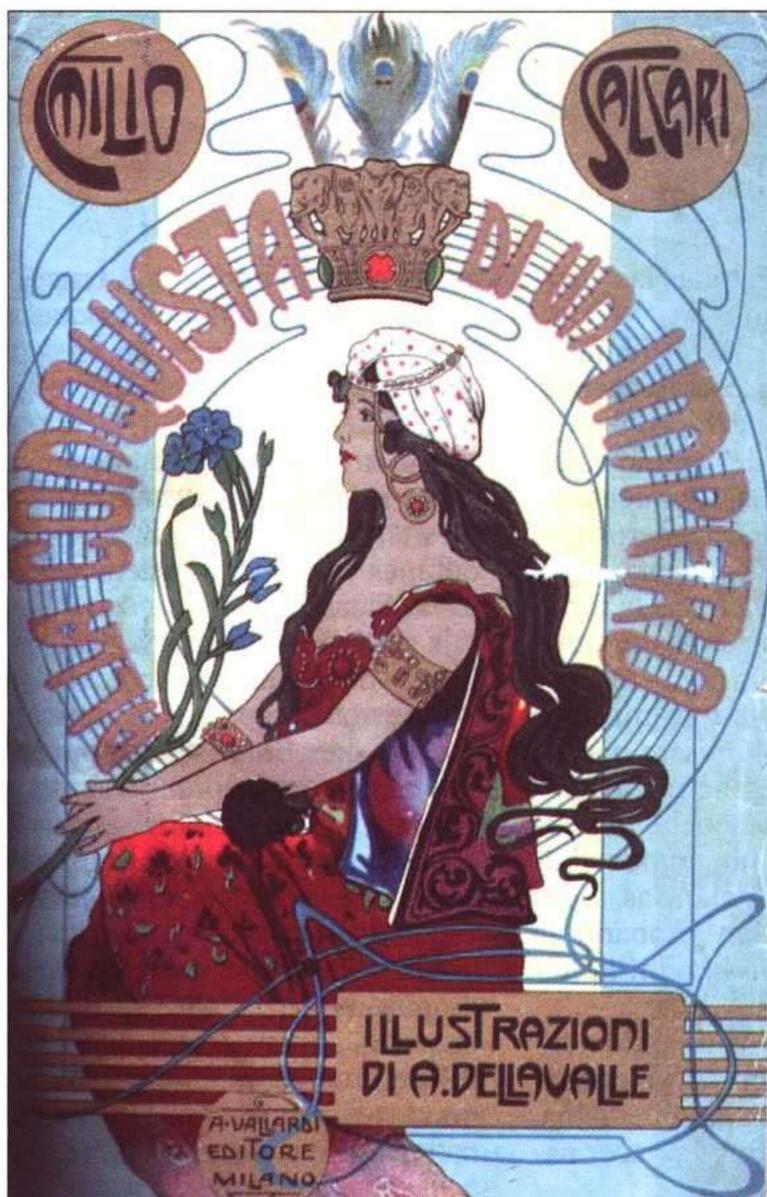
Mi imaginación quedaba fuertemente impresionada por aquellos cuentos ingenuos y pintorescos; como lanzado por invisible mano sobre el vasto mundo, yo atravesaba montes y océanos, descubría nuevas tierras, tomaba parte en los más portentosos sucesos, en las más lejanas comarcas... Me abstraía de toda realidad cotidiana, no existían las paredes de nuestra casa; como el héroe de la novela de Wells, las atravesaba para volar sobre los mundos nuevos, en busca de las más emocionantes aventuras.

Sin percatarse de ello, mi madre preparaba así su destino y el mío.

Pero, acaso, ¿quién sabe?, aún sin estos cuentos yo habría igualmente sentido palpitar en mí el alma de mi inquieto antepasado.

El mar ejercía sobre mi espíritu una verdadera fascinación. No comprendía la posibilidad de otra vida que la del hombre que se confía a las ondas del océano, para ser llevado por el destino y por el huracán hacia inauditas empresas en tierras ignotas, donde todos los instintos ancestrales pueden encontrar su desahogo, donde se goza la embriaguez de la lucha contra los indómitos elementos de la naturaleza y donde la voluntad y la valentía son las únicas virtudes necesarias. Antes de ahora yo pensaba que un hombre no puede llamarse tal verdaderamente, sino después de haber salido de los lindes de la civilización, para espaciarse en los inmensos reinos de lo inexplorado. Me figuraba que todo el mundo estaba sin explorar y que todos los hombres tenían el deber de lanzarse a la conquista de la tierra.

Y con estas ideas tempestuosas en el cerebro, me preguntaba a veces ingenuamente, qué harían en sus casitas, en las oscuras oficinas, en los ociosos cafés, tantos jóvenes veroneses que perdían así el mejor tiempo de su vida, en lugar de lanzarse de cabeza a las aven-



A la izquierda, edición italiana de *Alla conquista di un impero* de 1907, con portada de Alberto Della Valle. A la derecha, edición italiana de *Le tigri de Mompracem* (1900), con portada de Giuseppe Gamba.

turas de la tierra y del mar... Del mar especialmente. Porque estaba convencido de que todos los hombres tenían el deber de ser marinos.

Y ahora confesaré un deplorable defecto mío: no tenía ganas de estudiar. Fui un pésimo colegial. Los bancos de la escuela me parecieron siempre instrumento de tortura. No me gustaba hacer con mi pluma más que bosquejos y dibujos. Para el arte figurativo, tenía, sí, cierta disposición. Lo sabían bien mis cuadernos, mis libros de texto, los atlas, las paredes de mi casa, las maderas de las puertas; lo sabían hasta los puños de mis camisas; toda superficie blanca tenía para mí una sugestión irresistible, y me veía impelido a cubrirla con los más extraños dibujos. Naturalmente, eran siempre dibujos de escenas salvajes y marineras, en las cuales se desfogaba mi pasión romántica, trazando figuras de un realismo... fantástico.

Pero al indomable deseo de aventuras que me inflamaba, no siempre le bastaban los pacíficos e inocuos dibujos: y entonces me desfogaba... sobre las espaldas y las cabezas de mis compañeros de escuela.

Era el responsable sin discusión, de toda empresa que implicase algún riesgo.

Un buen anciano, maestro, me tomaba con frecuencia por el cogote y me decía una frase cuyo significado no comprendía.

—¿Sabes, Emilio...? temo que tengas una enfermedad.

—¿Yo? Me encuentro perfectamente.

—Pues, sin embargo, tú estás enfermo de una enfermedad incurable.

Me reía en la cara del venerable maestro, con la sana impertinencia de los muchachos que tienen salud incluso para vender.

—¿De qué mal estoy enfermo, señor maestro?

El buen hombre daba unos golpecitos en su enorme tabaquera y clavándome dos ojillos que querían ser maliciosos me decía con tono un poco melodramático:

—Tú estás enfermo de... *donquijotismo*.

Estas palabras me las repetía de cuando en cuando, hasta demasiado frecuentemente, esto es, cuando debía castigarme porque me había puesto a la cabeza de alguna expedición guerrera, y nume-

rosas cabezas de condiscípulos llevaban las señales de mi donquijotismo.

Aquella palabra me era entonces completamente ignorada porque no conocía siquiera la existencia del inmortal héroe de la locura generosa. Más tarde me convencí de que el viejo y buen maestro de escuela tenía en parte razón.

Un poco de la enfermedad de don Quijote se incubaba en el alma de todos los que aman las aventuras y que son arrastrados a combatir contra los molinos de viento y los odiosos monstruos de la realidad.

Pero, ¿es una enfermedad, de la cual se deba absolutamente curar?

No lo sé.

Todavía hoy, después de haber, sin ningún provecho material, dado algunas veces la vuelta alrededor del mundo, impulsado por la ilusión de descubrir siempre alguna cosa y de salvar a alguien, todavía hoy pienso que un poco de donquijotismo no hace daño a la humanidad.

Después de todo, cuanto es bello, noble y generoso; acaso cuanto es verdaderamente espiritual y humano en la vida, tiene por impulso secreto la locura que lanzó al pobre hidalgo a combatir,

EMILIO SALGARI

débil y escuálido, contra tanto fingido gigante con el vientre lleno. Sí, es verdad: combatir a los fingidos gigantes es tonto: la gente seria se ríe de ello. Pero yo pienso también que combatir a los monstruos es una gimnasia útil, porque nos prepara a luchar contra los monstruos verdaderos, y cuando llega la ocasión nos encontramos en condiciones de poder darles una buena paliza.

Pero, para ser completamente sincero, debo convenir que no siempre era la defensa de alguno lo que me impulsaba a organizar batallas: muchas veces sentía la salvaje necesidad de combatir para dar desahogo al fuego interno que me devoraba, para calmar mi fiebre de aventuras, para acostumbrarme al peligro y a la violencia. Así, yo mismo comprendía que me convertía en un injusto perdonavidas; me identificaba, de vez en cuando, con el tipo odioso del prepotente, del pequeño don Rodrigo, que abusa del poder sobre los otros. Porque, en suma, como he dicho antes,

yo era siempre el jefe en todas las guerrierías y todos me temían.

Y, desgraciadamente, la certidumbre de ser temido engendra con frecuencia en los muchachos un exagerado concepto de la propia fuerza y del propio valor.

Poco a poco, casi sin darse cuenta de ello, el niño, por naturaleza generoso, se cambia con frecuencia en déspota, especialmente si se convence de que la fortaleza de sus puños y el miedo de los otros le hacen dueño de la situación.

Afortunadamente, tenía en mi temperamento más de don Quijote que de don Rodrigo, y sabía detenerme a tiempo en el límite de la prepotencia. En muchas ocasiones, yo mismo, un poco humillado, iba a dar mis excusas a los desgraciados que habían probado la fuerza de mi brazo. Volvía a mí la humanidad de don Quijote.

Por aquel tiempo, sin haber oído nunca hablar del caballero inmortal, encontré... encontré una Dulcinea, que debía, sin culpa alguna por su parte, hacer na-

cer en mí uno de los más tenaces odios de mi vida: odio tan tenaz que, todavía hoy, alguna vez renace en mi espíritu.

¡Cómo en la vida los sucesos se encadenan inexplicablemente!

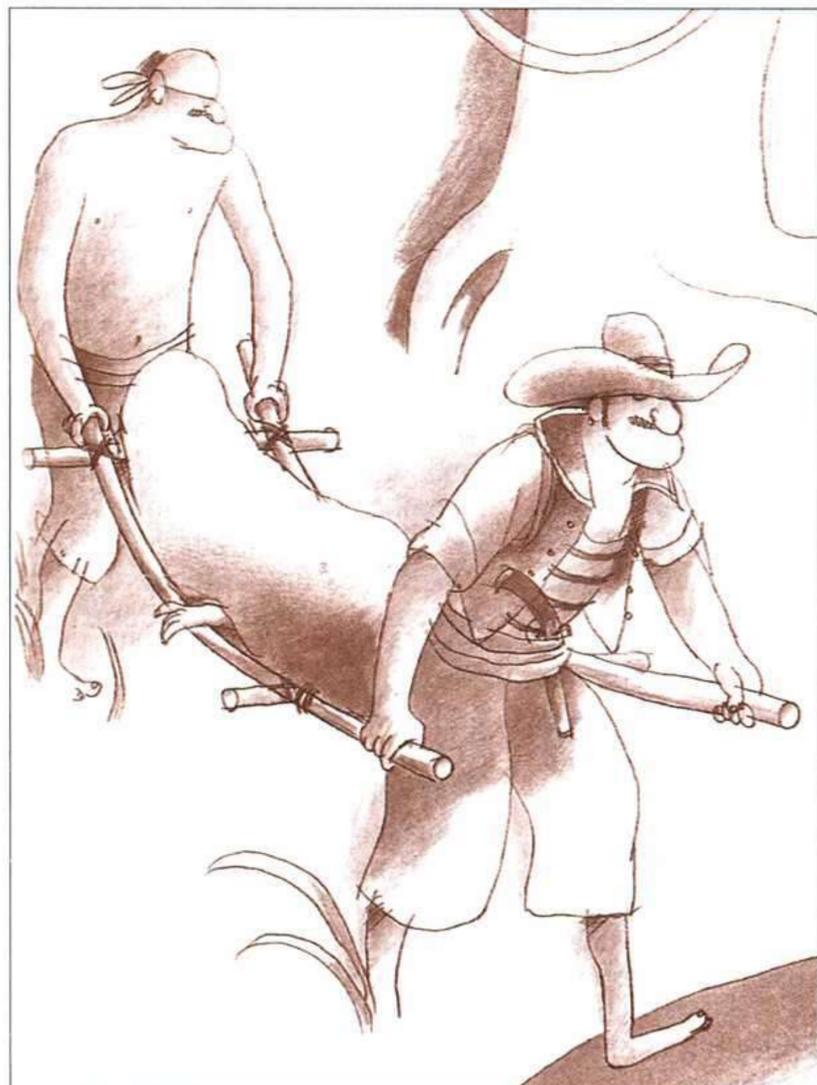
Si a la edad de doce años no me hubiese enamorado de una seductora inglesa, acaso no habría escrito la vida del más encarnizado enemigo de Inglaterra: Sandokán...

Y no habría escrito la historia de los piratas de Malasia.

Pero no anticipemos. Cuando se escriben las memorias de la propia vida, se experimenta una curiosa tendencia. Querriamos abolir el tiempo y la sucesión de los acontecimientos para contemplar nuestra existencia como en una vista panorámica.

Acaso al que se dedica a escribir sus propias memorias le pasa algo parecido al que va a morir o cree que va a morir.

En el momento en que entrevé, en su grave peligro, la muerte, instantáneamente se presenta a su mente toda la vi-



JAVIER VÁZQUEZ, EL CORSARIO NEGRO, SM, 1990.



CARLO LINZAGHI, LOS TIGRES DE MOMPACEM, ANAYA, 1988.

da. En aquel segundo se resumen lúcida y nítidamente todos los episodios de la vida pasada.

¿Por qué? Con frecuencia me he preguntado la razón de este extraño fenómeno, que tantas veces experimenté. He pedido la explicación de ello a profesores de psicología. Nunca he logrado una respuesta satisfactoria.

Acaso la naturaleza nos hace revivir en aquel instante toda la vida, para apartarnos de la idea de perderla.

Ven, pequeña Dulcinea inglesa, ven: que vuelva a ver tu bellissimo perfil de diosa, tus *ojos* luminosos que penetraron con su esplendor en mi alma de niño inquieto y ansioso de maravillosas aventuras... Vuelve, todavía, ante mí, como viniste aquel lejano día en Verona, en el corso Porta Bórsari, donde por primera vez te vi y comprendí cómo el amor dominante, torturador, puede apoderarse del ama de un niño y hacerla sangrar atrocemente... Me encontraba con mi hermano en el Corso, cerca de nuestra tienda de tejidos. Ella pasó por delante de mí y me miró.

Todavía hoy no puedo sustraerme al divino hechizo de aquella mirada. Me pareció que repentinamente se formaba en torno de mí un halo de misteriosas vibraciones. Sentí que un escalofrío me recorría desde las raíces de los cabellos a las plantas de los pies y experimenté de improviso una extraña mezcla de alegría y de dolor, un vehemente deseo de gritar y de llorar... Aquel día sentí el formidable impulso de acometer cualquier empresa grande.

¡Ay de mí! No logré otra cosa que hacerme despedir de la casa de mi maestro, que había encontrado un poco excesivo mi donquijotismo: había abierto la cabeza a un desgraciado que osó reírse cuando le preguntaba si conocía a aquella muchacha que había pasado por delante de mí en el Corso.

La volví a ver otras veces e irremediablemente, al buscarla, me proponía con heroica simplicidad el raptarla. Era lo menos que podía hacer, dados mis instintos de gran corsario. Pero, a pesar mío, cuantas veces se ponía por delante, el raptado... era yo.

Era raptado por la más extática inmovilidad. Me quedaba incapaz de la menor acción y de la más inocente pro-

puesta. El terrible soñador de las más heroicas aventuras quedaba como atacado de parálisis.

Un día vencí aquella parálisis. Balbucí: «Señorita...».

Me miró y sonrió; pero una espantosa figura de institutriz me dirigió, en el acto, una terrible mirada, con ojos donde, en aquellos instantes, leía toda la hosquedad de la rigidez inglesa. La horrenda mujer hizo apresurar el paso a la muchacha, la cual desapareció detrás de una esquina de la calle.

Desde aquel día, que señaló en mi vida una fecha decisiva, no volví a ver más a la bellissima niña que había levantado tal tumulto en mi corazón. Sí; Inglaterra me la raptaba, haciéndome verter las primeras lágrimas, verdaderamente amargas, de mi vida.

Inglaterra me arrebató mi Dulcinea, y creaba en mí un irreconciliable enemigo. Aquel odio nacido de un amor des-

graciado, no me abandonó por muchos años. Lo hubiera sacrificado todo, con tal de provocar un nuevo bloqueo continental contra los ingleses, y este estúpido pensamiento continuó después asediándome la mente en los periodos de fiebres, cuando se piensa en las cosas más absurdas.

¡La mar! ¡La mar!

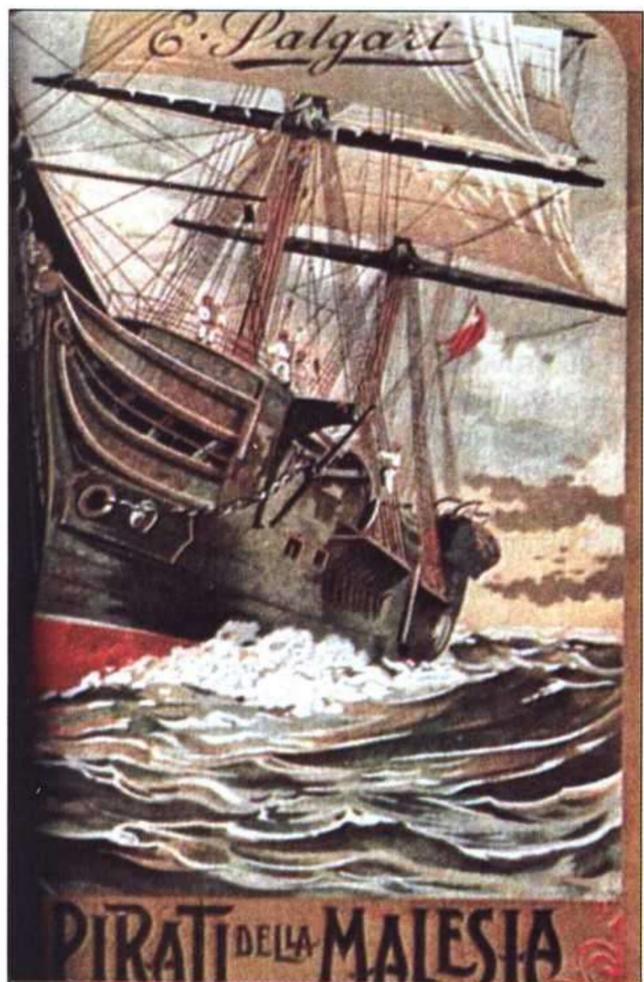
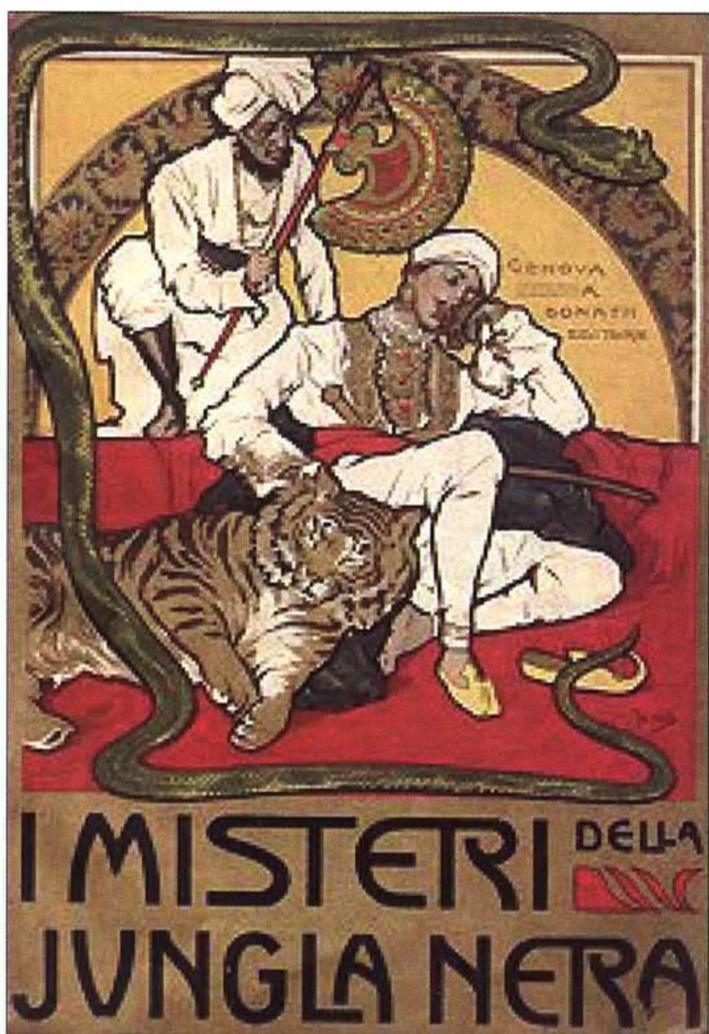
El amor por la bella inglesita, aunque precoz, ha sido uno de los sentimientos más hondos de mi vida.

En vano durante dos años busqué aturdirme por medio del estudio, que tenía completamente olvidado.

Fueron dos años de tormento y de inútil sacrificio de mi impetuosa naturaleza, porque no saqué de los estudios sino escaso fruto. Con toda la voluntad de que disponía, intenté sofocar en mí los im-



G & LGESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS PIRTAS DE MALASIA, GAVIOTA, 2002.



Arriba, edición italiana de 1903, con portada de Della Valle. Giuseppe Gamba firma la cubierta inferior, edición de 1896.

pulsos que me empujaban a una vida de aventuras. Esto lo hacía para desvanecer en mi madre la sospecha, que en ella había nacido, de que la quería abandonar pronto.

La lucha conmigo fue vana.

El mar ejercía más que nunca su fascinación sobre mi endiablada fantasía. Sobre los libros garrapateaba navíos de todas hechuras y dimensiones, naufragios, borrascas, batallas marítimas, acorazados inmensos erizados de cañones y poblados de marineros...

Los pequeños ahorros que me era dado reunir eran empleados en la adquisición de barcos en miniatura, que desmontaba y volvía a armar incesantemente, estudiando cada una de sus piezas y aprendiendo su nomenclatura con facilidad, porque todo lo relacionado con el mar lo aprendía sin trabajo.

Mi padre quería hacer de mí un comerciante y llegaron a ser ásperas alguna vez nuestras discusiones. Por fin respondí decisivamente: «¡Nunca seré comerciante!».

Debo admitir que en mi vida no pronuncié nunca una verdad más absoluta.

No he comerciado con los productos que durante mis viajes tuve ocasión de tener en mano, ni con mis libros, con los cuales he ganado un apuradísimo pan.

Mi imaginación, en tanto, se inflamaba cada vez más por la vida del mar, y para darle desahogo, me puse a escribir una novela. Era la historia de un nuevo Robinsón Crusoe...

Después he hecho la observación de que todos aquellos que se han dedicado a narrar aventuras de viajes han comenzado por escribir la historia de Robinsón.

El libro de Defoe es, en efecto, el libro tipo de aventuras. Y además, hay que decir que en el fondo del alma de cada muchacho dormita un pequeño Robinsón. Este hombre, que naufragando en una isla desierta consigue procurarse cuantas cosas necesita, sin ayuda de nadie, representa la aspiración de todo niño.

Mi libro gustó enormemente a los amigos, que, por otro lado, nunca hubieran osado encontrarlo estúpido por temor a mis... vigorosas protestas; pero pronto me convencí por mí mismo de haber escrito una fantástica bobada.

Me entregué entonces con entusiasmo a aprender esgrima y tuve éxito. Este

ejercicio me calmó por poco tiempo: el mar me obsesionaba; en mi inflamada fantasía me veía viajando por todos los océanos, llegaba a ser un famoso capitán y volvía a encontrar a mi inglesita, que se enamoraba perdidamente de mí.

La novela renacía en mi fantasía, lúcida y precisa.

Y en uno de los accesos más impetuosos de mi extraña locura, tuve el valor —¡qué remordimiento ahora!— de hacer llorar a mi madre, pobre y santa mujer.

—Mamá —le dije bruscamente, mientras ella estaba entretenida en recoser un traje mío de ir a la escuela—, mamá, quiero entrar en la Marina.

Ella levantó sobre mí sus grandes y dulcísimos ojos, sin entenderme.

—¿En la Marina?

—Sí, en la Marina... Quiero ser marino; quiero viajar por el mundo.

—¡Tú...! —balbuceó mi madre dejando caer al suelo su labor.

—Yo, sí. ¡Y si me dais permiso tú y papá, para entrar en la Marina, bien; si no, me escaparé de casa!

Estas palabras apenaron profundamente a mi madre y gruesas lágrimas silenciosas resbalaron por sus pálidas mejillas. En aquel momento entró en la estancia mi hermano.

—¿Por qué haces llorar a mamá?

—Porque quiero ser marino, ¿entiendes?, ¡marino a toda costa!

—Por mí, puedes empezar ahora mismo.

Y acompañó lentamente a mi madre, que comenzaba a sollozar, a salir de la habitación.

Cuando estuve solo, un impulso de emoción se apoderó de mí. Me sentía apretar la garganta. Los generosos instintos de mi naturaleza estaban a punto de dominarme. Me precipité a la puerta para gritar a mi madre:

—¡No, mamá!, ¡no te abandonaré nunca!

Pero una fuerza misteriosa e invencible me detuvo. Permanecí en el umbral encorvado y acobardado, llorando también. En aquel momento me encontré cobarde.

¿Dónde había ido a parar toda mi energía?, ¿dónde mi arranque y mi audacia? Vencí la tentación después de larga lucha. No corrí hacia mi madre: tuve la cruel fuerza de resistir. ¿Hice bien?,

¿hice mal?, no lo sé. No he podido nunca dar respuesta a estas preguntas, que más adelante, en los momentos de las dos más dolorosas luchas, dirigí angustiosamente a mí mismo.

Al día siguiente, mi padre me llamó a su presencia y me dijo:

—Tu madre me lo ha dicho todo. Nosotros no coartaremos tu pasión por el mar. ¿Quieres ir a correr mundo? ¿Quieres dejamos? Pues bien, sea. Entrarás en la Marina, y esperemos que no tengas que arrepentirte.

Mis labios se entreabrieron para dar las gracias, pero se cerraron instantáneamente. Mi padre me había vuelto la espalda y se marchaba con la cabeza inclinada, con el rostro duro y ceñudo. Pero por un espejo pude ver que se enjugaba una lágrima.

Un mes después partía para el Instituto Náutico de Venecia.

Era feliz. Marchaba hacia la realiza-

ción de mi sueño. Como por encanto, cesó en mí la antipatía por el estudio.

Me dediqué con ardor a aprender todo lo que podía servir para hacer de mí un terrible lobo de mar. Pero el estudio no consiguió corregir mi índole turbulenta ni sofocó mis impulsos de dominación.

También aquí no tardé en imponerme como jefe a mis compañeros de estudio: mi fuerza infundía a todos un gran respeto; pero más que mi fuerza, que no era excepcional, sobresalía el modo de imponer mi voluntad.

En este desesperado propósito de tener la razón siempre y por encima de todo reside, en mi opinión, el secreto de todo éxito en la vida. Yo entonces pensaba y obraba con la convicción de que la fuerza vale mientras se puede hacer creer a los demás que se posee. En cuanto esta ilusión cesa, cesa también nuestro prestigio. Mucho más tarde pude comprobar esa verdad, cuando, de la lu-

cha contra los elementos salvajes, me vi obligado a pasar a la lucha contra los hombres civilizados: con los editores... por ejemplo. Pero éstos... ¡oh!, han sido siempre más fuertes que yo...

Pero en el colegio de náutica era muy temido y mi ardor había hecho nacer en todos la convicción de que me esperaba un gran porvenir. Si he de decir la verdad, era el primer convencido de ello. El porqué, es lo que no podría decir con precisión.

A los dieciocho años obtuve el ambicionado diploma de capitán de altura. Mi alegría fue inmensa.

En aquel tiempo, cuando estaba muy contento, distribuía puñetazos sin reparo. Para festejar mi título no encontré nada mejor que organizar una expedición contra los alumnos de estudios comerciales, cuya escuela estaba en el mismo edificio.

El pretexto no debía ser muy fundado, porque ni siquiera lo recuerdo. Como

SERIE INFINITA

Novelas para una nueva generación



montena



G & IGESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS PIRATAS DE MALASIA, GAVIOTA, 2002.

consecuencia personal de aquella memorable jornada, recibí un bien merecido bastonazo en la protuberancia derecha de la actividad metafísica —que hubiera dicho Manzoni—. Pero este santo garrotazo no sirvió siquiera para hacer nacer en mí alguna aptitud para la filosofía. Volví a Verona y abracé a mis progenitores, resignados ya a verme partir por el vasto mundo, en busca de aquellas aventuras que habrían, más que nunca, remachado en la mente de mi buen maestro la persuasión de que yo estaba enfermo de la enfermedad de don Quijote.

El Italia Una

—¡Traigo en el bolsillo mi flamante diploma de capitán de altura! —exclamé triunfante, mientras los ojos me relucían de alegría.

Mi primo sonrió un poco irónicamente, ante esas palabras y me dijo:

—Perfectamente, Emilio: pero no te puedes hacer una barquilla con tu diploma y viajar sobre ella.

—¿Tú crees que no encontraré un barco que mandar y que no tendré una tripulación a mis órdenes? —pregunté.

Estábamos en un cafetín del puerto, en Venecia.

—Nada más fácil que encontrar un barco —dijo una voz con acento marcadamente germano.

Me volví.

El hombre que había pronunciado estas palabras, las cuales llegaban tan agradablemente a mi corazón, concluyó de beber un gran vaso de ron detrás de nosotros: después se puso en pie y se acercó a nuestra mesa.

Su aspecto me pareció menos agradable que su frase. Era un gigante de un metro noventa de alto, membrudo, de una complexión que no dejaba dudar de una fuerza hercúlea. Su rostro tenía algo de brutal y de poco tranquilizador. La nariz roja y verrugosa, denunciaba al borrachín, y los ojos pequeños y mortecinos denotaban al empedernido libertino.

—Soy el capitán Varak —dijo—, y me alegro de que tenga usted su diploma de capitán. ¿No ha navegado usted nunca?

—Nunca —respondí.

—¿No tiene usted miedo a la mar? —y se sentó enfrente observándome.

No respondí a esta pregunta, que juzgué estúpida.

El capitán Varak pareció satisfecho de su examen y comenzó a elogiar el *trabaccolo* (especie de goleta propia de la navegación de cabotaje en el Adriático) *Italia Una*, ofreciéndose a tomarme a bordo en calidad de segundo.

Y en una larga y algo deshilvanada conversación, alimentada por una botella de ron, que se había hecho traer, el capitán Varak hizo la animadora enumeración de las muchas ventajas de que gozaría entrando como segundo a bordo de su goleta.

—No podría usted iniciar mejor su carrera, jovencito. ¿Otro dedito de ron? Es bueno...

—No, gracias. No bebo ron.

—¿Bebe usted *gin*? —dijo dejando caer sobre la mesita su enorme y nudoso puño.

—No bebo licores... Mejor será que hablemos de su goleta, señor capitán.

El gigante rio, descubriendo un tesoro de perlas... negras. Parecía asombrado de que no bebiese. Evidentemente encontró esta deplorable abstinencia en abierto contraste con mi ardiente entusiasmo. Me dirigió una mirada de resignación y luego respondió:

—Perfectamente, ya beberá usted gin y otros mil diablos cuando dance el baile de San Vito... ¡Para navegar es preciso bailar y ya oirá usted qué música!

Y como para darme una prueba de la danza que había de sufrir, se levantó y con su gigantesca mole emprendió una serie de trapiés, que hicieron temblar el pavimento y tintinear las botellas del café. Después volvió a sentarse, riendo.

—Son movimientos inevitables que hacen digerir la carne ahumada y no estropean a los caballeros, ¿sabe usted...? Pero esto son bromas: hablemos en serio.

Se escanció otra botella de ron. Empecé a comprender que el capitán Varak necesitaba beber mucho ron para hablar en serio.

Mi primo, que asistía a la conversación, me lanzaba de vez en cuando miradas suplicantes, que querían decir: «Piénsalo antes de aceptar... Me parece que vas a congeniar muy mal con este lobo de mar... borracho de ron».

Pero yo no le acompañaba en su razonamiento interno. Vagamente pensaba



CARLO LINZAGHI, LOS TIGRES DE MOMPRAEM, ANAYA, 1988.

que el destino me ponía enfrente de un gigante de la clase de aquellos de don Quijote. ¿No sería capaz, acaso, de combatir contra un gigante...? Por otra parte, el capitán Varak tenía algunos chispazos sentimentales que en el fondo denotaban en él alguna belleza de alma...

Además, ¿para qué reflexionar tanto? Tenía que comenzar mi carrera y no podía, en modo alguno, pretender encontrar en seguida el ave fénix de los capitanes...

La conclusión fue que acepté con entusiasmo.

El nombre de la goleta, *Italia Una*, sonaba como buen augurio a mi fantasía.

El capitán Varak, dando fondo a la botella de ron, se levantó. Me tendió su amplia mano peluda y me dijo:

—Señor Emilio, si le place a usted navegar en mi goleta, encontrará todo lo que necesita para llegar a ser un buen marino —hizo intención de marcharse y en seguida se paró—. Sepa usted que la

alimentación será excelente y que marcharemos siempre del más perfecto acuerdo.

Y se marchó, después de que nos pudiéramos de acuerdo.

Apenas llegado a bordo, el capitán dio orden de zarpar.

La goleta no presentaba, a mi rápido examen, todas aquellas perfecciones que el capitán me había elogiado entre vaso y vaso de ron: a decir verdad, me pareció una mísera ratonera.

Pero, ¿qué me importaba esto?

En el momento de zarpar, me encontraba como si hubiera bebido todo el ron del capitán Varak. Estaba ebrio de alegría, pensando que se iniciaba mi carrera por mundos ignorados: estaba ebrio de salitre marino y de fantasía. Todo desapareció ante mis ojos atónitos: parientes, amigos, todo lo que amaba. No pensé en las lágrimas que seguramente derramaba mi madre. Un único pensa-

miento predominaba sobre todas mis impresiones: ¡zarpaba hacia el porvenir!

Intemperies, calores extenuantes, tempestades, naufragios, todo lo desafiaría con serenidad. Mi valor superaría todos los obstáculos. ¡Demostraría a todos los marineros quién era!

Mis ojos debían lanzar en aquellos momentos un extraño resplandor: mi rostro debía reflejar mi inmensa embriaguez interior. Mi persona debía vibrar de entusiasmo, porque un hombre me observaba con curiosidad y con una extraña expresión de compasión y de burla.

Era el maestro del equipaje.

Le pregunté el motivo de aquella insistente observación.

El maestro no tardó en explicarse.

—¡Pobrecillo, —dijo—, en qué trampa ha caído!

—¿Por qué?

—Porque podía usted haber caído mejor; pero peor, seguramente, no.

—Explícate: ¿acaso quieres decir que la goleta es una ratonera?

—El *Italia Una* es, después de todo, un barco como tantos otros... Oh, el mal no es ése... es el capitán.

—Bebe, ¿no es verdad?

—¿Que si bebe? ¡Absorbe, hace estragos con los licores! Pero eso no es nada. ¡Es un hombre rudo y despótico, y ya verá usted cuánto va a pasar con él!

—¿Verdad?

—Dentro de unos días volveremos a hablar de esto.

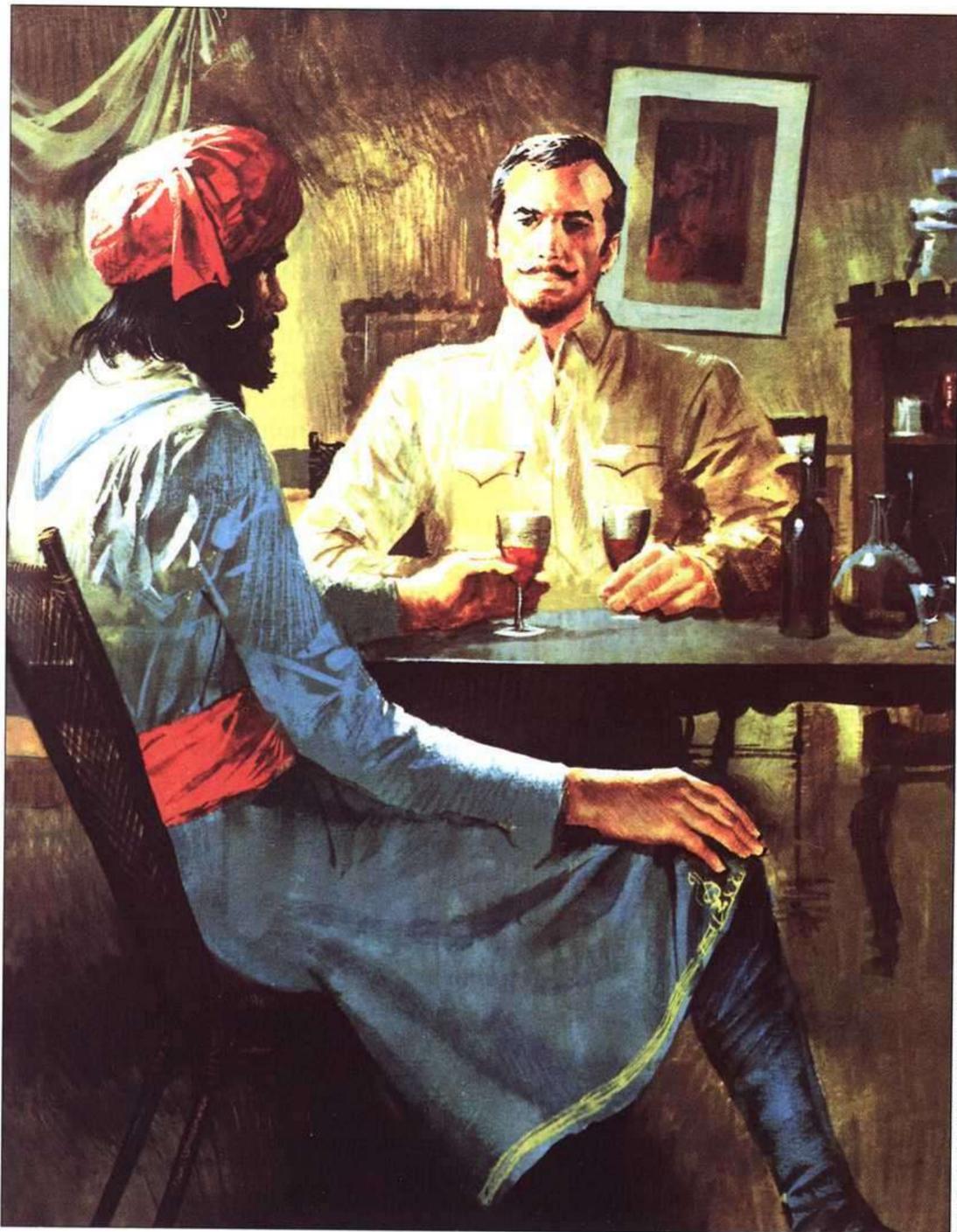
—¡Pues bien, me alegro!

—¿Alegre por hacer una vida de gaileote?

—Contento por afrontar los peligros, las fatigas, los desastres de la vida de mar —dije—; feliz también, si lo quieres saber, por afrontar eventualmente a ese gigante que tú llamas despótico. ¡A los déspotas, maestro, sé yo meterlos en cintura!

Debí seguramente pronunciar estas palabras con el acento que otras veces me había valido la admiración temerosa de mis discípulos, porque la sonrisa, un poco burlona del maestro, se desvaneció y fue sustituida por una cómica expresión de sorpresa.

Se encaminó a sus ocupaciones y yo quedé un momento solo, saboreando la alegría de mi pequeña victoria moral sobre el viejo marinero.



G. & IGESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS TIGRES DE MOMPACEN, GAVIOTA, 2002.

Pero he aquí que, de improvisto, mi sensación de embriaguez por la conquista del mundo tomó un carácter esencialmente diverso. Me pareció que el mar giraba vertiginosamente a mi alrededor. Una horrible náusea me apretó la garganta, me dio un escalofrío y llenó mi frente de perlas de sudor frío.

«¿Qué es esto? —pensé—. ¡No será el mareo...! ¡No me faltaría otra cosa!»

Era precisamente mareo, el mal de mar, que me sorprendía en el mismísimo momento de mi excitación lírica.

El destino me daba una primera lección de modestia. Un vuelco violento en el estómago, me hizo caer sobre cubierta en una grotesca contorsión.

¡Comenzaba bien la carrera de navegante!

Y he aquí que en aquel momento oí la risotada clamorosa del capitán Varak, que se me acercaba con los brazos cruzados, mirándome fijamente.

—Señor Emilio —dijo en tono sarcástico—, no hemos fijado en el contrato que el segundo debiera padecer de mareo...

No tuve ánimo para responder.

—Usted es un marinero de agua dulce —continuó—. ¡Nunca hubiera pensado traer a mi servicio una señorita!

Y el capitán reventaba de risa.

Entonces encontré en mí un resto de energía.

Le miré fieramente y dije de modo resuelto:

—¡Capitán, ya llegará el momento en que la señorita de agua dulce le haga ver de lo que es capaz!

—Perfectamente —gruñó el gigante—. Ya veremos sus futuras proezas. Hasta tanto, procure usted curarse pronto... Un poco de limón. ¡Hasta la vista!

Curé rápidamente, pocas horas después, a fuerza de limón y de buena voluntad.

Cuando llegamos a la vista de la costa istriana tenía apetito. Pero en seguida me di cuenta de que la cena no era proporcional al apetito.

Alguna durísima galleta, que habría humillado los dientes de un cocodrilo, cuatro pescados en salsa de guindillas de España y nada más.

—¿Y ésta es —murmuré— la espléndida alimentación que usted me prometió?

—¿Qué quiere usted, señor Emilio? —contestó el capitán Varak—, ¡estamos en alta mar y a bordo de un velero!

El maestro me lanzó una mirada que quería decir: «Ya ve usted cómo comienzan las desdichas...».

Aquella mirada quería decir también otra cosa: «Este sinvergüenza de capitán nos da una frugal cena, pero más tarde se tragará él solo las provisiones... de reserva».

El capitán Varak añadió:

—Señor Emilio, es usted muy afortunado. Ama usted la vida del mar y sus emociones. El cielo comienza a oscurecerse. El primer cuarto le toca hacerlo a usted. Mucha atención y vigilancia.

—Está muy bien, capitán —respondí.

Y entre mí pensé: «¡Esperemos que una ola inteligente le lleve con ella!».

El epíteto de «señorita» me había ofendido profundamente y esperaba la ocasión para devolvérselo.

Concluido mi turno, entré en el camarote que me había sido asignado. Pequeño, oscuro, atestado de cajas y de cordajes, me pareció horrible. Miré la litera melancólicamente.

—¡Idiota! —murmuré—. ¿Qué creías? ¿Qué ibas a encontrar un saloncito elegante? ¿Era ése tu heroísmo?

Mientras me desnudaba, advertí un olor nauseabundo del cual no tardé en descubrir la causa...

¡Una, dos, tres... diez... ciento... mil! Un verdadero ejército de cucarachas invadía mi camarote. Los horribles animaluchos desencadenaron mis instintos combativos. Tomé una actitud heroica, como si me hubiera encontrado enfrente de una irrupción de lobos hambrientos.

—Ya os haré ver quién soy yo —exclamé.

Y cogiendo una zapatilla, comencé una batalla que, en mi fantasía caldeada,

llegaba a ser épica. Si mi buen anciano maestro de escuela me hubiese visto en aquel momento, de seguro le hubiera parecido un don Quijote. Las cucarachas se agrandaban desmesuradamente a mis ojos... ¡He aquí los gigantes, he aquí los monstruos de la fábula...!

Hice en ellos un estrago y me acosté, convencido de haber derrotado al negro ejército de enemigos. Pero apenas me hube dormido, numerosas picaduras me despertaron.

—¿No hemos terminado?

Me levanté y recomencé una nueva batalla que se prolongó hasta que un rayo de sol, desde la escotilla, llegó volando a mi camarote.

Oí una voz que chillaba:

—¡Señor Emilio! Es el despertador...

Era el grumete dálmata Simón Budaine.

—¡No me importa el despertador! —exclamé—. Quiero exterminar antes estos asquerosos animaluchos.

El grumete repitió la invitación desde la cubierta.

La noche casi insomne me había irritado. Tiré al grumete la zapatilla exterminadora, que blandía como Sansón lo hizo con la quijada de asno.

Oí un aullido casi feroz, seguido de un rosario de improperios en todas las lenguas del mundo.

En seguida comprendí lo que había ocurrido.

La zapatilla dirigida al grumete había dado en pleno rostro al capitán Varak, que bajaba hacia mi camarote.

Siguió otro aullido más terrible que el primero.

El capitán, al no comprender de dónde provenía el proyectil, había aferrado por el pecho al grumete.

—¡Voy a tirarte al mar! —gritaba el gigante, levantando como una pluma al pobre Simón.

Me adelanté.

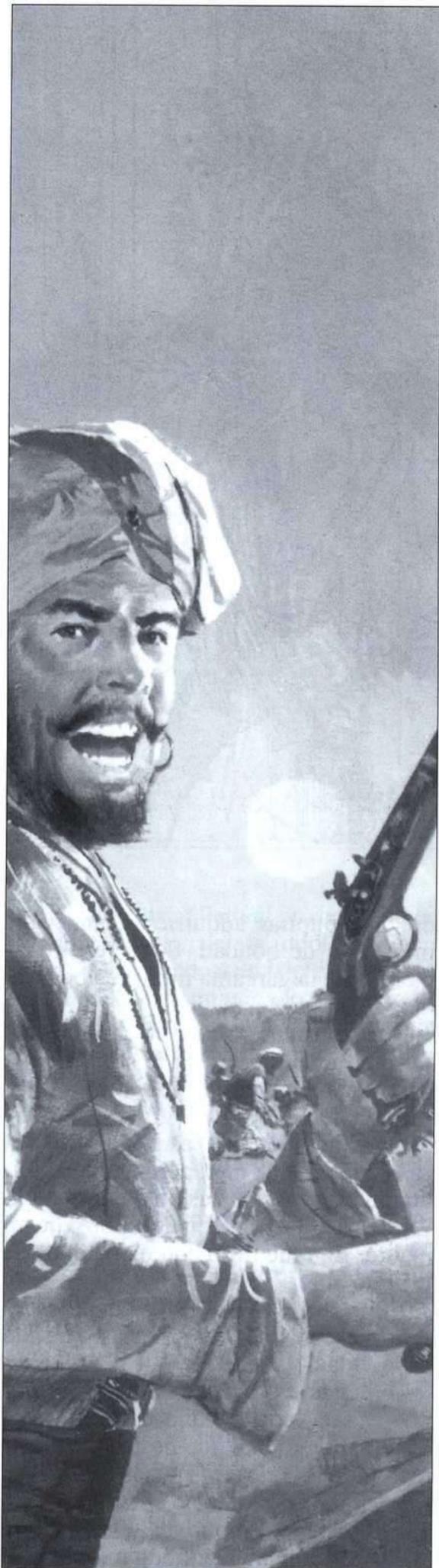
—Capitán, deje usted a ese muchacho..., que no tiene culpa. ¡Soy yo el que le ha tirado la zapatilla a la cara!

El capitán soltó al grumete, que echó a correr, y me miró con ferocidad.

—¡Ah! ¿ha sido usted...? ¿No será una broma?

—No. He sido yo, efectivamente.

El capitán levantó uno de sus enormes puños.



G & L GESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS TIGRES DE MOMPACEN, GAVIOTA, 2002.

Pero, en aquel momento, mis ojos debían tener una expresión insólita, porque el puño del gigante bajó lentamente.

—¿Ha querido usted vengarse de lo de ayer? —preguntó con sordida voz.

—Capitán... la zapatilla no iba dirigida a usted, y le ruego me dispense —y le conté lo que había ocurrido.

—La falta de usted ha sido grave —gruñó por fin el capitán.

—Lo sé, y cualquier castigo que usted quiera imponerme... —y me interrumpí.

—Comprendido —dijo el capitán—, pero ningún castigo me quitará del rostro la zapatilla... ¡Oh! ¡Empieza usted bien su carrera, hijo mío!

—Capitán, en cuanto lleguemos a tierra, me castigaré yo mismo brindándole dos botellas de aguardiente...

Una sonrisa apareció en los labios del gigante.

La idea de las dos botellas había operado una rápida mutación en su estado de ánimo.

Me tendió la enorme mano velluda, que yo estreché sin excesivo entusiasmo.

—No hablemos más —dijo sonriendo— y vámonos a cubierta.

El lance de la zapatilla en el rostro del capitán había circulado entre la tripulación. Los veintisiete marineros que la componían esperaban verme estrangulado o devorado vivo por el iracundo bárbaro. Cuando, en cambio, nos vieron aparecer juntos, hablando afablemente, su sorpresa fue inmensa.

Y en esta sorpresa advertí también algo de admiración por mí.

Más tarde se me aproximó el maestro.

—¿Es verdad que ha tirado usted una zapatilla al rostro del capitán? —me preguntó con voz trémula de emoción.

—La cosa no es dudosa, porque las señales todavía son visibles.

—¿Y no le ha pataleado?

—Parece que no.

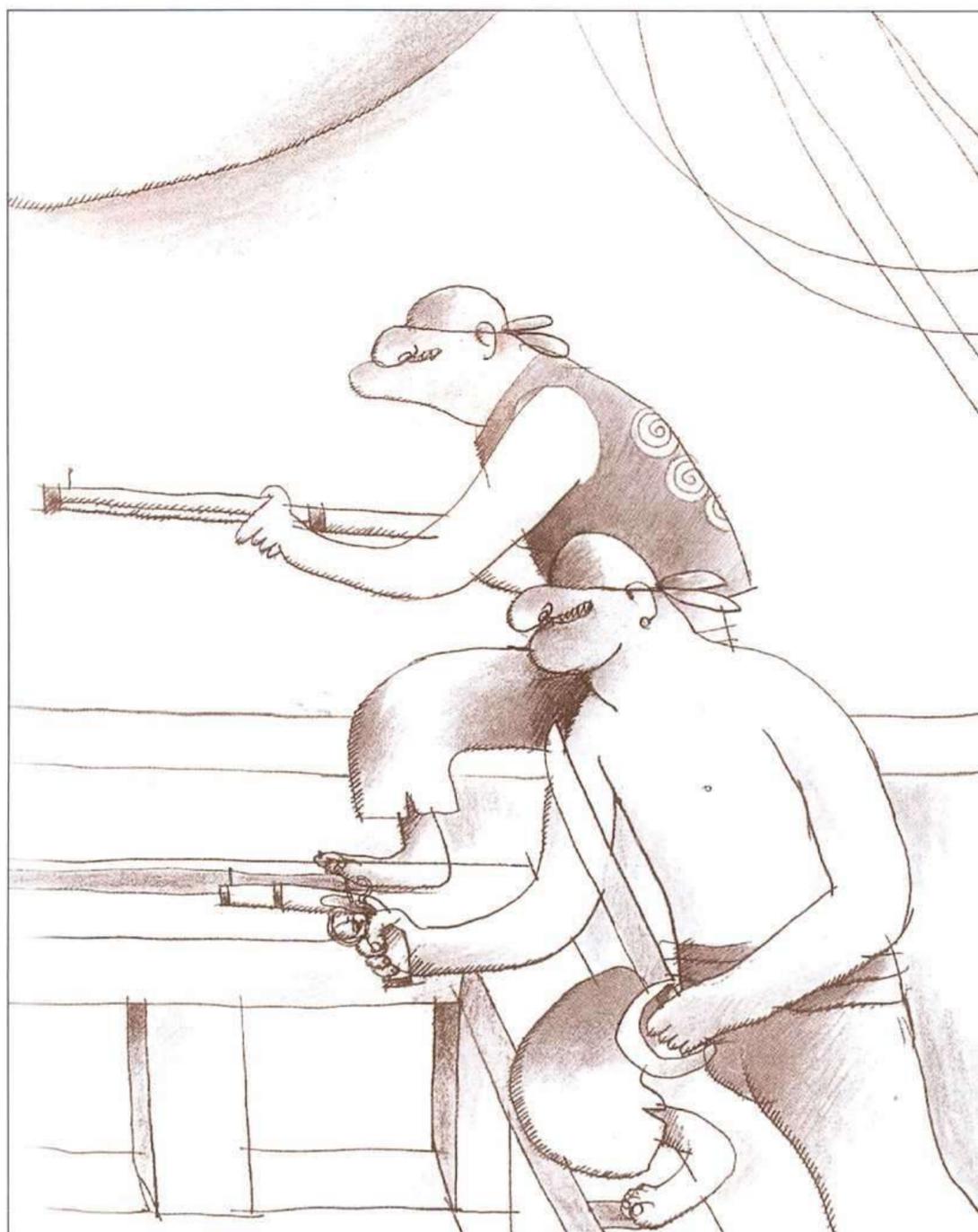
—¿No le ha maltratado?

Sonreí.

—¿Crees, acaso, que me dejo maltratar tan fácilmente? He mirado a vuestro capitán al blanco de los ojos. Y no le he dicho ni una palabra.

Pronuncié estas palabras con serena sencillez, pero su efecto fue grande e inmediato.

El maestro me creyó dotado de virtudes milagrosas.



JAVIER VÁZQUEZ, EL CORSARIO NEGRO, SM, 1990.

—Usted tiene valor y sangre fría —dijo—. Nada le espanta y hará usted la más hermosa carrera de este mundo.

No es difícil conquistar prestigio sobre la gente baja.

Basta a veces prometer dos botellas de aguardiente para amansar la ferocidad de un hombre.

Avistamos Trieste.

Mi primer crucero había terminado. Fueron veintinueve días de trabajo y fatigas, pero también de óptimas impresiones.

Mi capitán se acercó, y apoyando la palma de su mano en mi espalda dijo:

—Señor Emilio, ha llegado la hora de despedirnos. La casa de sus padres le espera. Supongo que no me olvidará. Le confieso que es un magnífico segundo... El primer viaje es siempre inolvidable. Quizá un día u otro nos volvamos a encontrar en el inmenso mar. Es valeroso y hábil y la fortuna no dejará de ayudarle...

La voz del coloso se había enterneci-

do. Sus pupilas adquirieron una vaga impresión de bondad. Sentí repentinamente que la garganta me apretaba y los ojos se humedecían.

Dos lágrimas asomaron también en los ojos de él.

Le estreché fuertemente la mano.

En la goleta de aquel grotesco coloso había experimentado las primeras durezas de la vida de mar, pero había recibido muchas enseñanzas útiles.

Me deshice del brazo del abrazo de mi madre. Ella me miró con ojos llenos de infinito amor.

—Emilio, ¿ahora te quedarás para siempre con nosotros? ¿Estás cansado de la vida del mar?

Yo negué con la cabeza.

—Mamá, cuando uno nace con esta pasión, no se extingue después del primer viaje. Mi carrera apenas ha comenzado. Lo que he visto no es nada, para lo que aún me queda por ver.

Entre tanto había entrado mi padre.

—Es inútil... Emilio es un testarudo... Quiere vivir entre penalidades en lugar de hacer vida cómoda!

—¿La vida cómoda? —dije—. ¡No hay en el mundo nada más odioso que la vida cómoda!

En efecto, siempre he odiado la vida cómoda, pero la vida cómoda siempre me ha odiado a mí... hasta cuando el trabajo me había dado el derecho a gozarla.

Sandokán

Algunos minutos después embarcaba con mi enigmático compañero en una de aquellas embarcaciones malayas que se llaman «praos».

Iba embriagado por el vino, por los puñetazos propinados y por el misterio.

¿Adónde nos conduciría aquella nave? ¿Entre qué gentes me encontraba? ¿Por qué me había dejado inducir con tanta facilidad a embarcarme para una aventura cuyo objeto no conocía? ¿Era un loco o un ingenuo?

Acaso lo uno y lo otro.

No había querido saber con precisión para qué me enrolaba.

Era demasiado tarde para reflexionar. Pero mi compañero se había apercibido de mi tardía vacilación: me hizo entrar en un camarote y me dijo:

—¿Por los ingleses?

Por el hombre aquel pasó como un relámpago de admiración y heroísmo, y exclamó:

—Le he consagrado mi vida. Ahora le diré quién es nuestro jefe... Nuestro jefe...

Y se puso a hablar con voz vibrante de emoción y cólera. Con ojos de admiración y la boca entreabierta, le escuché apasionadamente.

Cuando una potencia europea quiere apoderarse de un territorio dominado por un así llamado soberano bárbaro, comienza por declarar que es de urgente necesidad civilizar aquel territorio.

Entonces, el fin es tan excelso y humanitario, que todos los medios empleados para conseguirlo son, de antemano, considerados legítimos y dignos de encomio.

Las potencias del antiguo continente, y en especial la vieja Inglaterra, son fértiles en argucias para justificar su deseo



ESCOLIANO, EL TIGRE DE MOMPRACEM, MOLINO, 1976.

de expansión y conquista. En el caso presente se trataba precisamente de Inglaterra, que quería «civilizar» el territorio dominado por el famoso rajá. Este territorio ocupaba buena parte de la zona que se extendía al pie de las montañas de una isla con pintorescos nombres: Isla de los Perfumes, Isla de los Volcanes, Isla de los Venenos: Borneo, en resumen.

El rajá reinaba pacíficamente en su tierra, activando un comercio próspero, entre el amor y la lealtad de sus súbditos. Pero esto no podía bastar a Inglaterra y Holanda, que se entendieron en seguida para el laudable fin de llevar el ... progreso al territorio del rajá. Enviaron tropas coloniales para enseñar las buenas costumbres a los súbditos del bárbaro soberano.

El rajá se defendió encarnizadamente en tierra, pero tuvo que abandonar el dominio de la costa del mar Índico. Sin embargo, no quiso capitular y se refugió, con sus partidarios, en la parte mon-

tañosa de la isla. Pero el proscrito no era hombre que se dejase doblegar fácilmente. Se trasladó a un islote de Malasia y allí concentró un puñado de guerreros heroicos y temibles que habían de preparar la restauración. Así nacieron los «Tigres de Mompracem», fieros malayos que no temían ninguna clase de peligros, ágiles e incansables combatientes, con los que tuvieron que habérselas Inglaterra y Holanda...

El rebelde preparaba su venganza con sus Tigres de Mompracem. Santa venganza, porque su territorio había sido invadido, sus parientes muertos, muchos de sus súbditos maltratados, y muchos de sus bienes arrebatados.

Terminadas estas explicaciones, mi incierto amigo concluyó.

—La causa de mi jefe es justa. La ha aceptado sin conocerla. Ahora que la conoce, le libraré de su compromiso, si no quiere afrontar los peligros que aquella presenta.

Aquí las realidades de la vida se sobrepusieron a mis propósitos novelescos. Comencé a experimentar la necesidad de ver claro y reflexionar. Fue como una ducha de agua fría sobre mi ardor bélico.

—Comprendo sus sentimientos y los apruebo...—murmuré evitando la mirada de mi interlocutor—. Soy italiano y... ya comprenderá usted... toda causa noble y justa me conmueve... ¡Nosotros hemos sufrido tantos años el despotismo y la injusticia! Pero en este caso, comprenderá usted...

—Entendámonos —interrumpió sonriendo el noble amigo—. No trato de arrastrarle a una empresa desesperada. Caer en manos de los ingleses significa para nosotros la muerte, porque somos considerados como rebeldes, pero para usted el caso sería distinto. Es, sencillamente, un marino italiano a quien hemos ofrecido el mando de un buque, sin que conozca nuestros proyectos, y le hemos contratado haciéndole creer que se trata de una simple empresa comercial: el engañado, la víctima es usted... Y si cae en manos de los ingleses o de los holandeses, no tiene nada que temer...

Al llegar a este punto protesté:

—Si consiento en acompañarle, lo hago porque gracias a Dios, no me falta el valor, y esas seguridades que usted me da no me agradan en modo alguno. Es otra cosa... lo que me obliga a reflexionar; pero, en estas reflexiones, no entra para nada el miedo... En una palabra, ¿cuáles serán mis obligaciones en el barco que he de mandar?

—Se las dirá el rajá en persona. A él le gusta conocer siempre bien a los capitanes de sus naves... Ahora, por lo pronto, cenemos, que tiempo tendrá luego de reflexionar.

Levamos anclas y partimos.

Bombay, sumergida en una luz de nácar, se iba alejando.

Mis ojos contemplaban el espectáculo siempre nuevo de una ciudad que desaparece en el horizonte, como tragada por las olas: y, entre tanto, mi pensamiento se debatía entre el sueño y la realidad. No lograba coordinar bien los acontecimientos que me habían ocurrido la noche anterior y los confundía con los que se habían desarrollado y multiplicado durante mi sueño. Pero tenía la sensación de que, finalmente, comenzaba

para mí aquella vida de aventuras que siempre había deseado, ahora volvía a mis oídos el recuerdo dulce de la voz maternal, que me repetía los hermosos relatos heroicos que habían inflamado mi mocedad; y de mi abuelo, del valeroso aventurero que había combatido siempre por las causas justas y nobles.

¡También iba a hacer como él! Pero ¿quién me daba derecho para ello? ¿Podía yo, ciudadano de un país libre e independiente, inmiscuirme en una lucha que no solamente no se relacionaba con mi patria, sino que, por el contrario, afectaba directamente los intereses de una nación amiga de Italia?

¡Ay de mí!, los razonamientos cada vez fueron menos lógicos y menos consistentes. ¿Cómo se va uno a contener y seguir la lógica fría de la razón, cuando se tienen veinte años y una imaginación demasiado romántica?

Lo que ahora voy a contar, parecerá invención más o menos ingeniosa de un escritor de fantasía. Yo mismo, hoy que han pasado tantos años, al evocar estos sucesos, me pregunto a veces si no habré tomado el sueño por realidad, si mi desatada pasión por las aventuras y mis fáciles entusiasmos no me habrán hecho ver y vivir episodios extraordinarios, forjados solamente por mi inquieta fantasía... No lo sé. Lo cierto es que, ahora, traslado aquí con perfecta fidelidad aquello que mi memoria me sugiere, e invito a los corteses lectores a juzgar por sí mismos la posibilidad real de estos recuerdos míos.

Avistamos el islote de Mompracem, punto perdido en aquel inmenso archipiélago, sembrado de islas y de arrecifes, y desembarcamos.

¡Pero cuántas precauciones hubimos de tomar antes de alcanzar nuestra meta!

Teníamos que mantenernos a gran distancia de los buques ingleses y holandeses que ejercían una activa vigilancia en aquella parte del océano Índico.

—En seguida iremos al refugio del rajá —me dijo mi guía, apenas desembarcamos.

Me proveyó de una cabina.

—¿Está lejos de aquí? —pregunté haciendo una mueca.

Tenemos que caminar algunas horas: ha tenido que buscarse un sitio inaccesible, lejos de las miradas de los ingleses

y de los holandeses, y del alcance de sus cañones —respondió mi guía.

—¿Es seguro el camino?

—No podría garantizarlo. La cabeza del rajá rebelde y desposeído está puesta a buen precio, ya que los ingleses le consideran como pirata. Hay de vez en cuando miserables que, por avaricia de dinero, intentan dar algún golpe de mano, pero sus tentativas siempre fracasan.

Comprendí pronto de qué modo.

El abrupto sendero que conducía al refugio del jefe rebelde estaba jalonado por atentos centinelas, que salían de modo inesperado, de pequeñas cavernas, y daban el «¡quién vive!» y después desaparecían a una señal del guía.

—Nadie que no sea conocido por los centinelas puede aproximarse al jefe. A la menor sospecha, aquéllos dan la voz de alarma que va pasando de uno a otro rápidamente, de modo que, en pocos instantes, la alarma llega a la gruta, mientras el primer centinela empeña una lucha con la persona sospechosa.

—¿Inglaterra no bombardea con sus buques el refugio de su enemigo? —pregunté.

—Lo ha intentado, pero inútilmente.

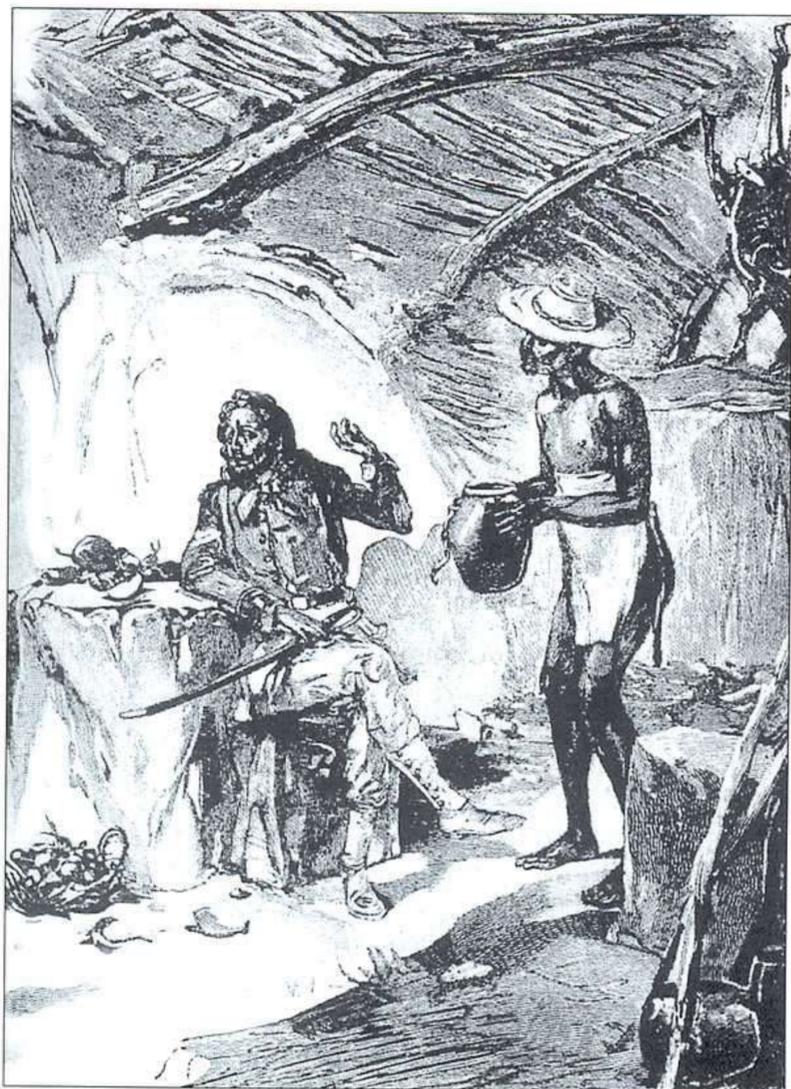
—Sin embargo, el tiro de los cañones ingleses puede llegar hasta aquí...

—Sí, pero el jefe no duerme y ha encontrado el modo de hacer inútil el cañoneo enemigo. Pone falsos blancos. Con una habilidad sorprendente finge haberse refugiado en una gruta mientras se instala en otra. Los ingleses se han cansado de malgastar sus municiones. Un día el jefe les hizo una broma muy divertida. Se fingió muerto... sí, muerto por un cañonazo, ¡y ordenó sus funerales! Durante una semana el gobierno inglés creyó haber acabado con un enemigo mortal, pero luego... tuvo que convencerse de que el rajá estaba más vivo que nunca y siempre dispuesto a combatir.

Así, charlando, llegamos a la gruta a donde se había refugiado el soberano de Borneo.



G & IGESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS PIRATAS DE MALASIA, GAVIOTA, 2002.



CARLO LINZAGHI, LOS TIGRES DE MOMPRACEM, ANAYA, 1988.



ESCOLANO, EL TIGRE DE MOMPRACEM, MOLINO, 1976.

Los latidos de mi corazón se aceleraban.

¡Pronto me encontraría en presencia del hombre de quien se hablaba con tanta simpatía y tanto terror! No se tiene todos los días ocasión de conocer a un verdadero, a un auténtico rajá, desposeído y rebelde por añadidura.

El modo cómo me había visto envuelto en la peligrosa aventura, las palabras con las que el guía había descrito al soberano, la impresión que me había producido las cosas vistas en el camino para llegar a la caverna, todo contribuía a excitar mi curiosidad y a hacerme pensar que me encontraba realmente en un momento decisivo de mi vida.

Entramos en una especie de vestíbulo, donde los nativos saludaron al guía pronunciando fuerte una palabra, cuyo significado no entendí.

—Sígueme —dijo el guía.

Entramos en una espaciosa gruta.

El suelo y las paredes estaban revestidos de telas y tapices riquísimos. Mis

ojos quedaron deslumbrados por los destellos de las estupendas armas que, suspendidas aquí y allá sobre damascos, adornaban las paredes.

Recibí una confusa impresión de todo, hasta que, inesperadamente, me encontré ante un hombre de arrogante aspecto y de formas hercúleas. Había salido de detrás de una cortina que el guía había levantado.

Dos ojos penetrantes y vivos se clavaron en mí.

El rebelde, que mis lectores habrán conocido en muchas novelas con el nombre de Sandokán, llevaba una amplia túnica de seda blanca, sujeta a la cintura por una faja de terciopelo rojo y oro, constelada de perlas de enorme valor.

Su leonina cabeza, adornada por una cabellera entrecana, estaba envuelta en un turbante de seda blanquísima sobremontado por un majestuoso penacho de plumas, también blancas, sujetas por un enorme brillante.

De su cintura pendían una cimitarra

con vaina de oro engarzada de gemas y dos relucientes pistolas.

Me saludó con verdadera majestuosidad, pero con gesto afable, al mismo tiempo, mientras sus luminosos ojos penetraban hasta el fondo de mi alma.

Eran los ojos de un conocedor de hombres, y reflejaban audacia, genialidad y rapidez en las decisiones.

Hizo algunas preguntas sobre mi vida pasada. Sandokán hablaba en perfecto inglés, con vibrante y puro acento.

Después me miró en silencio. Sostuve aquella mirada hipnótica, en la que resplandecía todo el prestigio que el soberano ejercía sobre sus súbditos, y el examen debió serme favorable.

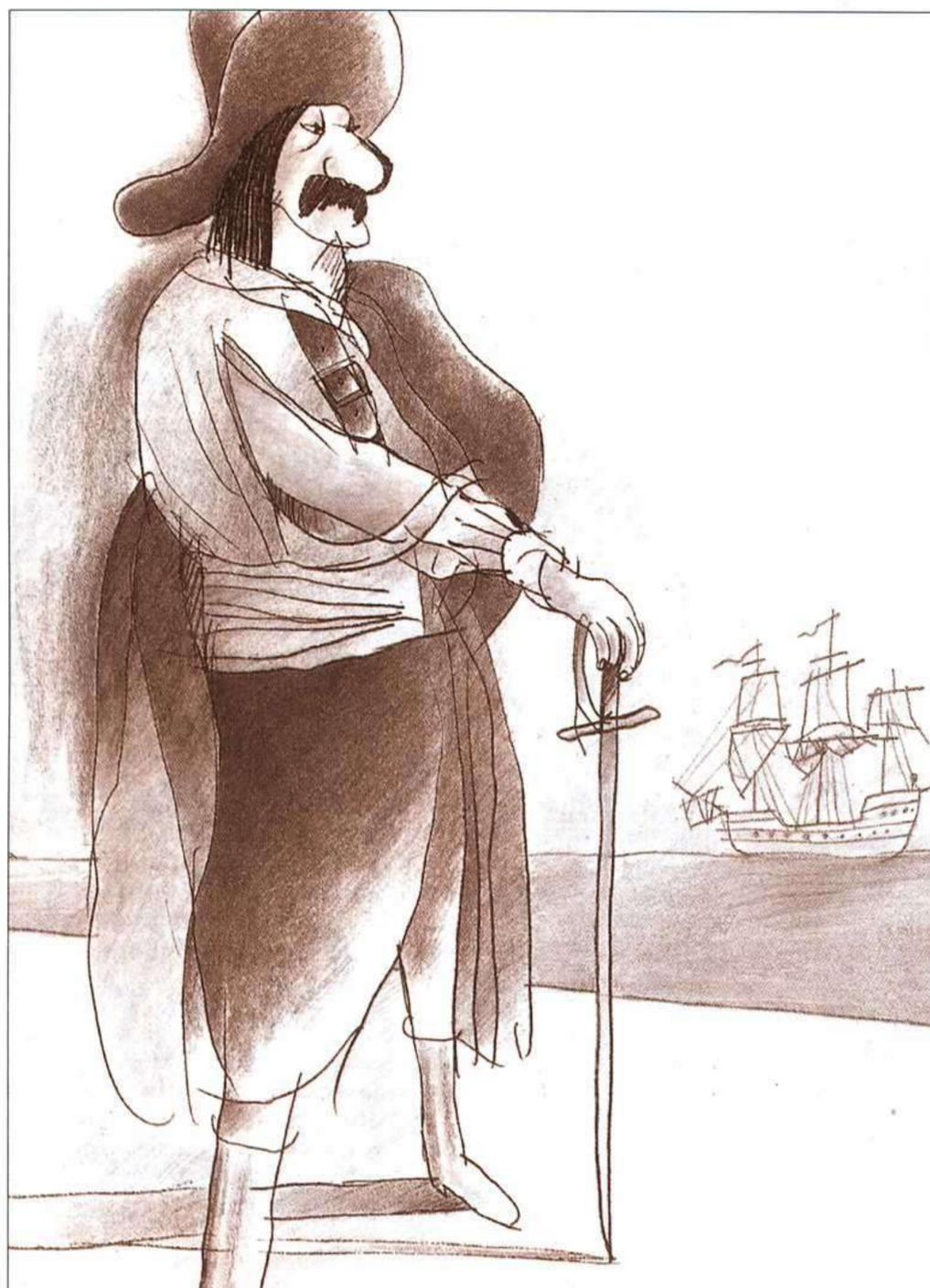
—Voy a confiarte el mando de uno de mis más rápidos praos.

Me incliné, en señal de reconocimiento.

Sandokán continuó.

—Tendrás que realizar una misión difícil.

—Amo las misiones difíciles.



JAVIER VÁZQUEZ, EL CORSARIO NEGRO, SM, 1990.

mi corazón como una apelación a la cual debía responder con entusiasmo. Pero no conseguí pronunciar una palabra.

Y Sandokán comprendió esta ingenua emoción en el resplandor de mis ojos; sonrió satisfecho y cambió con el guía algunas palabras en idioma indio.

Nos retiramos a otra gruta donde nos fue servida una discreta comida. Pero le hice poco honor: el entusiasmo que me invadía me había quitado el apetito.

Todavía creía ser presa de uno de mis sueños de muchacho...

Noviciado de pirata

Le había caído simpático a Sandokán y al día siguiente del ingreso en aquel extraño e impresionante reino malayo conversó afablemente conmigo.

El Tigre de Malasia, como todos le llamaban, tenía las cualidades características de los grandes dirigentes: conocía a fondo el alma humana y sabía el modo de dominarla. Si el destino le hubiera hecho nacer en otro ambiente, el malayo hubiera sido un portentoso soberano y un extraordinario gobernante.

Sandokán habló de mi «noviciado de pirata».

—No debes asustarte del trabajo —me dijo con dulzura—. Comprenderás, a las primeras pruebas, que con un poco de astucia y de práctica que el oficio de pirata no es difícil, y esto gracias al «crédito de la firma».

Le miraba sin comprender el significado de estas palabras.

—Me explicaré, capitán —continuó Sandokán—. Te digo que gracias al «crédito de la firma» vuestras empresas serán fáciles. Naturalmente, no se puede hacer el pirata sin correr riesgo y sin poner en peligro la piel. Pero los Tigres de Mompracem han sabido crearse un renombre tan terrible que, a su aparición, las gentes se apresuran a dejarse despojar con el mayor agrado... El lugarteniente que te asigno conoce al dedillo el oficio y espero que estarás contento con él; es uno de mis partidarios de más confianza y más leal.

Sandokán habló enseguida de varias cosas, dejando en mí una extraordinaria impresión.

¿Dónde estaban mis propósitos de

—Y, acaso, también peligrosa.
—Tanto mejor.
—¿Tienes miedo de los nombres? —me preguntó Sandokán sonriendo.
—¿Cómo de los nombres? ¡No comprendo!
—Serás llamado «pirata»... probablemente.
—Ya lo había pensado.
—¿Y esa palabra no te horroriza?
—No, porque sé desde ahora que trabajaré por una causa justa.
—Te lo agradezco —dijo Sandokán—. Oye cuál va a ser la misión que te asigno. Armas no nos faltan, porque las fabricamos nosotros mismos; gracias a una rica mina de nitro de nuestra propiedad, tenemos pólvora en abundancia. Pero escaseamos de proyectiles. Poseer armas sin proyectiles es como poseer el plato pero carecer de víveres. No tenemos minas de metales y por eso tenemos que buscar el metal donde se encuentre.

Nuestras minas son hoy las naves que ostentan bandera inglesa u holandesa, con las cuales estamos en guerra. Estas naves son presa legítima.

—¡Ciertamente!

—Queda así establecido que, en realidad, tú no harás de pirata. Se trata de dar caza a las naves enemigas. Lanzados al abordaje mis Tigres de Mompracem, capturarán los buques y se les despojará de todos sus metales, abandonando el resto.

»No somos salteadores; solamente queremos metal para fabricar proyectiles en defensa de nuestro derecho. Y es justo que tomemos a nuestros mortales enemigos los proyectiles para defendernos.

»Respetarás a todas las personas que vayan a bordo de las naves capturadas, no haciendo uso de las armas sino en caso extremo. Los Tigres de Mompracem no son asesinos: debemos ser generosos hasta con nuestros enemigos.

Las palabras de Sandokán vibraron en

prudencia? ¿Dónde mis titubeos? Todas aquellas intenciones las había dejado en el viaje de Bombay a Mompracem.

Desde los primeros momentos de mi viaje me di cuenta de que las palabras del soberano desposeído no habían sido dichas con ánimo de engañarme, ni para inducirme más fácilmente a empresas de piratería.

Las naves holandesas e inglesas se dejaban despojar de todo el metal que había a bordo, con las más extraña manse dumbre.

Apenas la tripulación enemiga conocía nuestras intenciones, se resignaba a su propio destino sin prolongar una discusión que hubiera sido inútil.

Este resultado se debía al terror que por todos los mares habían extendido los Tigres de Mompracem. El «crédito de la firma», como decía irónicamente Sandokán, servía magníficamente para evitar enojosas situaciones y el empleo de las armas.

A decir verdad, los feroces rostros de los Tigres de Mompracem eran un buen factor de pronta victoria; infundían temor aun a distancia al hombre más valeroso. En aquellas caras talladas en bronce se marcaban los signos de la mayor crueldad. Pero como la orden era no verter sangre más que en caso de absoluta necesidad, los Tigres de Mompracem reprimían su impaciente deseo de lucha y de estrago y se portaban con las tripulaciones enemigas como resignados ejecutores de las órdenes demasiado civilizadas; registraban, saqueaban, pero con mucha delicadeza; y algunas vez sonreían rechinando los dientes, como simios.

Los marinos ingleses sabían que cuando el destino los ponía sobre la ruta de los praos de Mompracem era necesario aceptar de buen grado los azares del oficio.

Pero al terror se unía cierta admiración hacia estos hombres que no temblaban ante ningún peligro.

Pude comprobar bastantes veces que nuestros adversarios, después de dejarse expoliar todo el metal que llevaban a bordo, ofrecían bebidas y cigarros a los rapiñadores, tanto, que a veces se creaba entre unos y otros hombres una especie de cordialidad...

Era el «crédito de la firma» el que obraba estos milagros. Y hasta hubo un marinero portugués, enrolado en una tri-



G & IGESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., I OS TIGRES DE MOMPRACEM, GAVIOTA, 2002.

pulación holandesa que, después de un abordaje, se pasó a nuestro campo.

Cuando la operación de... requisita que había mandado estuvo terminada y dejamos en libertad a la nave enemiga, interrogué al portugués, quien tenía un nombre bonito y sugestivo: Campoamor.

—¿Por qué abandonas tu tripulación? —le pregunté.

—Porque me gusta más hacer de pirata.

—Pero, amigo, nosotros no somos piratas en el sentido que tú crees. Nosotros atacamos las naves que son enemigas de nuestros amigos.

—Muy bien —respondió Campoamor—, pero lo hacen de un modo que me gusta.

—¿Sabes que si los holandeses te atrapan te colgarán?

—Lo sé, pero para colgarme tienen que atraparme y en medio de los Tigres de Mompracem la cosa es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque los Tigres de Mompracem no se dejan atrapar.

—Entonces ¿tú los crees invencibles?

—Son unos demonios.

Y Campoamor formó también parte de los Tigres.

La aureola de terror que circundaba estas empresas las hacía sumamente fáciles.

Así mi noviciado de pirata se desenvolvió sin ningún acontecimiento notable.

Hasta me parecía un poco aburrido actuar de pirata con tanta comodidad y anhelaba que ocurriese algún incidente que trajese mayor riesgo a nuestras empresas.

Cuando el lugarteniente me oía decir estas cosas sonreía de modo enigmático.

Mis lectores conocen ya a este hombre, a este valiente que Sandokán me había dado por lugarteniente.

Era el que en mis novelas he presentado bajo el nombre de Tremal-Naik.

Algún lector de mis libros, al leer aquí este nombre arqueará las cejas sorprendido: «¿Cómo? ¿Tremal-Naik no es un personaje imaginario?».

No, Tremal-Naik, como muchos héroes de mis novelas de aventuras, no es un ser imaginario... Mis historias son solamente en parte inventadas, pero en mucha parte también son inspiradas en la realidad.

Tremal-Naik era, verdaderamente, un hombre excepcional.

Vigoroso y arrogante, alto y con los músculos de acero, este malayo ejecutaba con sencillez las acciones más sorprendentes. No he visto nunca un hombre más ágil que él para trepar por un mástil, para asaltar el costado de una nave, o para dar caza a una fiera.

Las energías de este joven Tigre estaban alimentadas por un fuego inextinguible.

Poseía, además, un extraño predominio sobre sus Tigres. ¡A una señal suya se hubieran arrojado todos en medio de las llamas!

Tremal-Naik me había iniciado en el oficio de pirata con un ardor espontáneo. Sonreía cuando me lamentaba de la excesiva tranquilidad con que transcurría nuestra vida.

—No te impacientes —decía—. Cuando menos lo esperes surgirá lo que deseas...

»Hasta ahora hemos navegado viento en popa, pero no dudes que Inglaterra y Holanda nos dejarán mucho tiempo tan tranquilos y que aún tienen que darnos mucho que hacer.

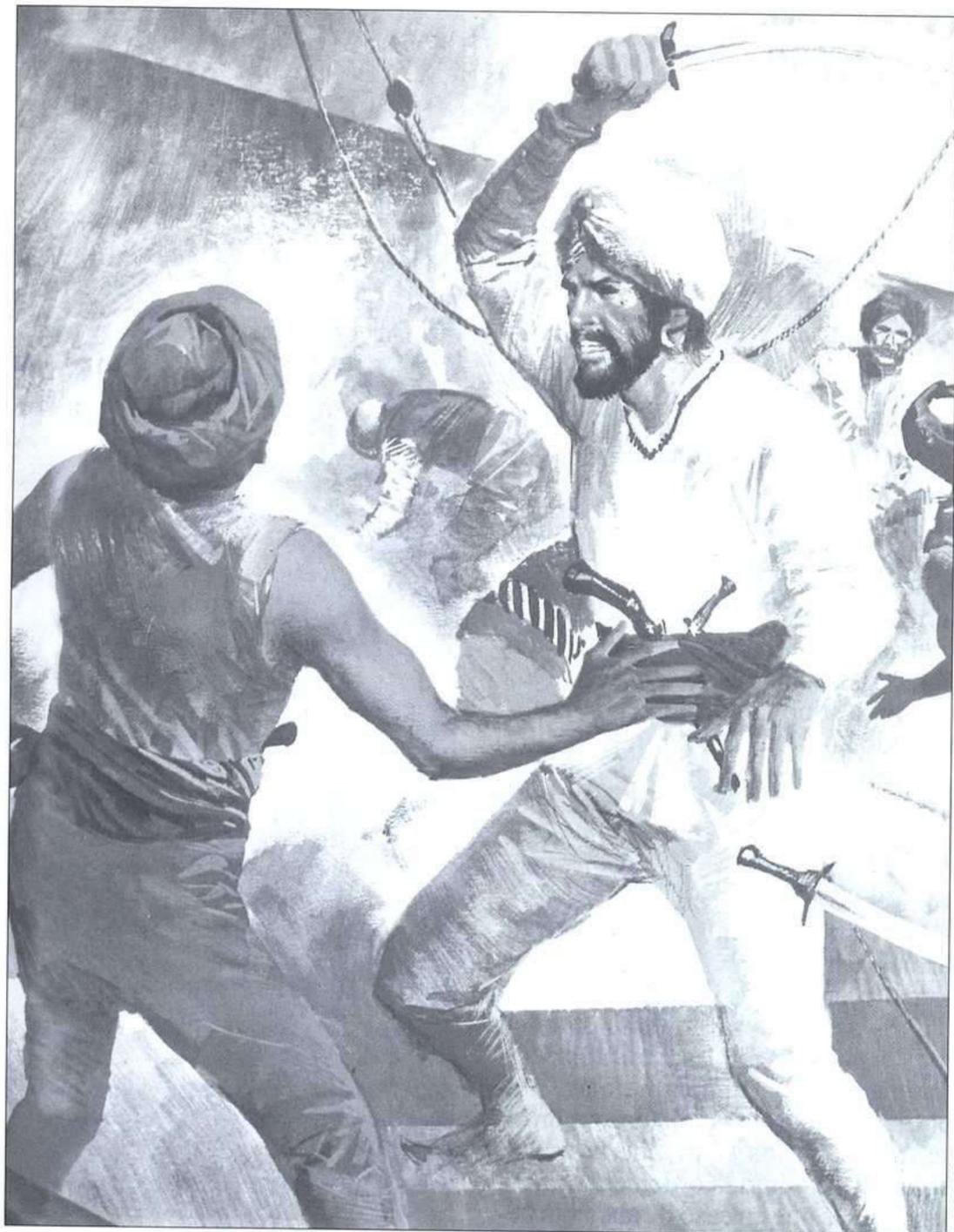
—¿Prepararán alguna acción decisiva?

—Eso no cabe duda. Aparte de esto, nuestro prao tiene suerte, pero no creas que todos los otros praos lo pasan tan tranquilo...

Efectivamente, unos días después, haciendo escala en Mompracem, para entregar nuestro botín de guerra, supimos que uno de nuestros praos había sido hundido por un buque inglés, que una decena de Tigres habían sido hechos prisioneros y seguro que habían sido colgados.

La noticia hizo bullir la cólera en el alma de Sandokán.

Cuando el sultán perdía alguno de sus Tigres experimentaba un agudo dolor y crecía en él el odio contra Inglaterra y Holanda. Entonces daba orden de que se incrementara el número de asaltos a las naves enemigas.



G & GESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS TIGRES DE MOMPRACEM, GAVIOTA, 2002.

En esta ocasión la cólera de Sandokán fue verdaderamente espantosa. Le vi en su refugio, con los cabellos erizados, los ojos llameantes, oprimir con mano convulsa su cimitarra, mientras paseaba excitado, como un león en la jaula.

De pronto se paró, clavando la mirada en Tremal-Naik y en mí.

—Querría vengarme de alguna manera de este descalabro —dijo con voz trémula de furor—. ¿Qué dices a esto?

—No hay más que un medio, Sandokán —respondió el amigo favorito del ex sultán.

—¿Cuál?

—En la primera ocasión, haremos prisioneros a un buen número de ingleses y holandeses.

—¿Para ahorcarlos?

—No, para guardarlos como rehenes permanentes. Si ahorcan a un Tigre, nosotros ahorcaremos a diez de ellos. Diez dientes por un diente.

—Lo apruebo, porque es demasiado feroz el dolor que esos perros me han hecho sufrir —murmuró Sandokán.

Luego, después de un momento de silencio:

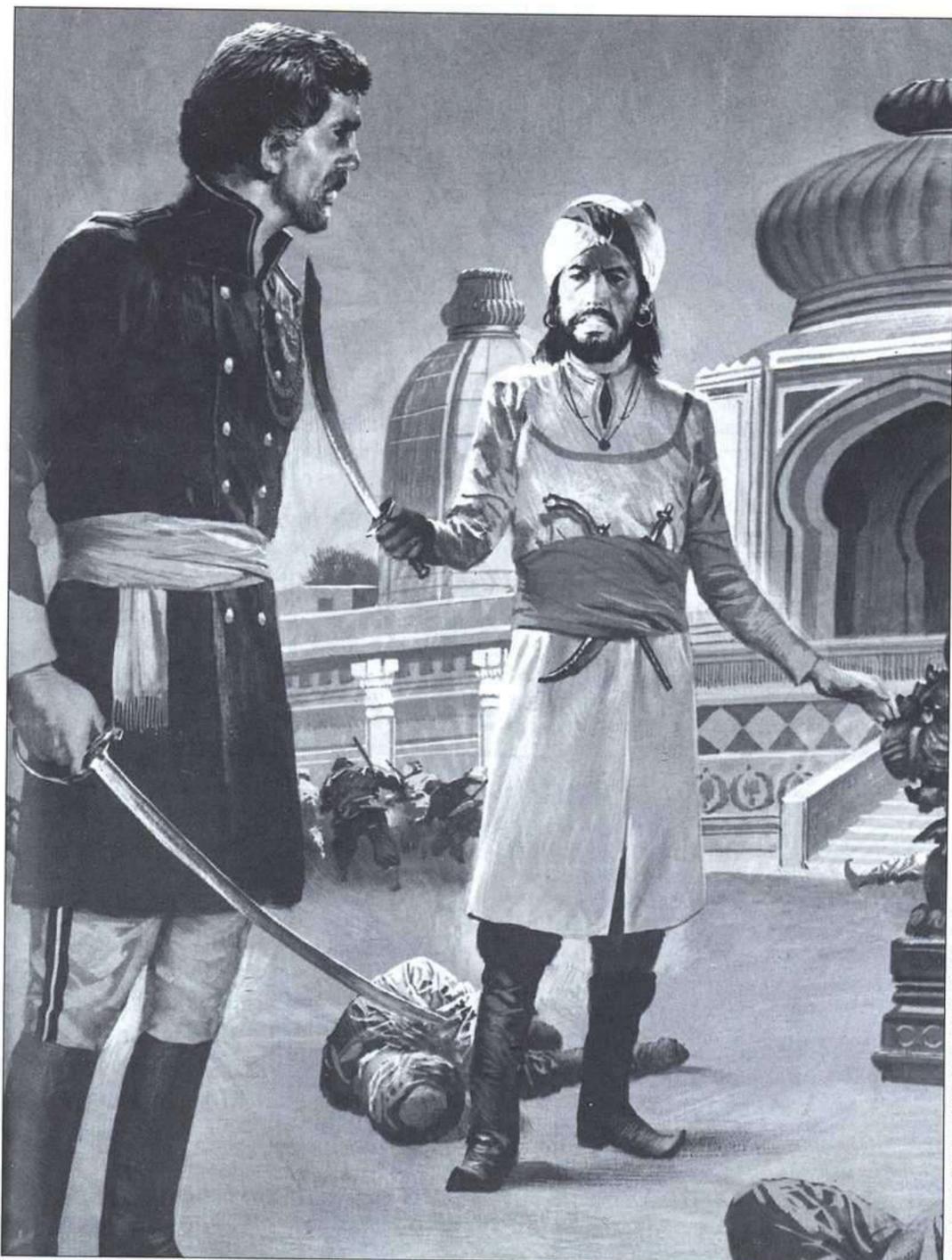
—No tengo costumbre de ensañarme con los enemigos. Hasta me he contentado con tomarles todo el metal que necesitaba, pero si ellos quieren que Sandokán se muestre verdaderamente como el Tigre de Malasia, Sandokán se mostrará.

Pasado el primer ímpetu de ira, Sandokán sabía recuperar siempre su sangre fría, sin la cual le hubiera sido imposible preparar sus vastas empresas que requerían también un sereno criterio estratégico.

En cierta ocasión me preguntó qué pensaba de mis primeras armas de pirata.

—El oficio —contesté— me parece fácil y tranquilo.

—En efecto... ya te lo había dicho, pero no te forjes ilusiones. Acaso desde este momento cambien las cosas de as-



G & IGESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS PIRATAS DE MALASIA, GAVIOTA, 2002.

pecto. Por la informaciones que he podido recoger, parece que los ingleses han resuelto acabar conmigo y capturarme vivo o muerto.

—¡Eso no ocurrirá nunca! —exclamó Tremal-Naik.

—Gracias por tu convicción, Tremal-Naik. También espero que esto no suceda, pero no debemos dormirnos. Es necesario aumentar nuestro botín de guerra.

Y volviéndose a mí, sonriendo:

—Espero de ti buenos resultados. Sé que también odias a Inglaterra.

—Es verdad.

—¿También has sido víctima de algún abuso?

No supe qué contestar.

Me pareció un poco inocente hablar al Tigre de Malasia de mi primer amor... y de la institutriz inglesa.

—Odio a todos los pueblos que con pretexto de llevar la civilización, come-

ten actos de despotismo contra poblaciones tranquilas —respondí con tono heroico.

Inútil es decir que mi singular experiencia en cuestiones de política fue muy apreciada por Sandokán.

Al día siguiente debíamos comenzar un nuevo crucero por los mares indios, con el animoso Tremal-Naik. Y, en efecto, enseguida tuvimos un abordaje cuyas consecuencias ejercieron tanta influencia en mi vida.

Retorno

Levamos anclas.

La isla homicida se alejaba de mí, de mi corazón, y una cortina de niebla iba separándome de mi pasado. Abandonaba una peligrosa vida de gestas absurdas... y una multitud de pesares y de recuerdos.

El destino lo había querido así al poner en boca de Tremal-Naik aquellas palabras definitivas: «Sigue adelante... no te preocupes de mí».

Había huido. Me había salvado. El destino me había arrojado exánime a tierra para que el buen capitán Pierre me recogiese y me llevase al barco del dulce nombre: *María*. ¿Qué podía hacer? A medida que me alejaba de la isla de los venenos, experimentaba aquella impresión de ensueño de que ya hablé cuando describí mi partida de Bombay.

Entonces experimenté la impresión de empezar un sueño... Ahora tenía la impresión de salir de él.

Toda la historia del Tigre de Mompracem, ¿no habrá sido más que un largo sueño?

¿Sería, verdaderamente, el pirata de tantos barcos holandeses e ingleses a los cuales despojábamos sus tesoros? ¿Sería el comandante del prao que desafiaba la ira de la artillería enemiga? ¿Fui el compañero de aquella extraña y valerosa miss Eva? Y el rajá desposeído y perseguido, el fiero Sandokán, ¿no es un personaje de ficción?

El capitán Pierre me dio una palmada en el hombro con su ancha mano.

—¿Siente usted abandonar el archipiélago malayo? —me dijo.

—No, capitán... estoy contento. ¡Únicamente tengo el remordimiento de no haber podido salvar a mis amigos!

—¡Curiosos amigos había hecho!

—¡Le aseguro que son buenas personas y de corazón generoso!

—Sí... cuando resisten a la tentación de cortar a uno la cabeza... —exclamó el capitán. Después corrigió—: Verdaderamente, esos hombres defienden su territorio... ¡Bien...! ¡Pero ya puede decir que se ha librado de buena...! La vida en el mar es ya por sí pródiga en emociones, pero usted había elegido, para su carrera, una especialidad demasiado peligrosa.

—Es verdad. Una imprevista serie de circunstancias me llevó a la que, acaso, no debía haber hecho. Pero no tengo ningún deseo de volver a empezar. ¡Amo siempre la vida de mar, pero la querría algo más tranquila... como la que usted lleva, por ejemplo...!

—¡Oh! No crea usted que mi viejo *María* ha corrido siempre por la mar co-

mo sobre aceite... No... he tenido que soportar muchas tormentas y luchar para salvar el *María*. Pero en fin...

Y el buen capitán me contó sus peripecias: tempestades, choques contra los escollos, hambre, escorbuto, naufragios... y a cada desventura añadía:

—¡Pero ya! Todo eso es agua de melisa en comparación con la furia de los Tigres de Mompracem.

Estuve dos años con el capitán Pierre. No me sucedió ninguna aventura digna de mención.

Viene a mi memoria una observación que hice muchas veces en la mar. Las peripecias que ocurren a una nave son siempre del carácter de su comandante. Si el capitán es un tipo amante del riesgo y del peligro, es muy probable que la nave secunde esta tendencia. Si el capitán es tranquilo y prudente, también la nave se comporta sobre la misma línea. Los sucesos de la vida tienen el color del protagonista de los mismos.

Durante estos años de navegación tuve solamente que luchar con algún ataque de fiebre tropical. Fueron terribles ataques que me condujeron a un estado lamentable.

La vida del mar se me hizo casi imposible.

Sentía una gran necesidad de reposo, de intimidad, de existencia tranquila.

En pocos años de vida marinera había reunido una infinidad de impresiones: los hechos de que había sido protagonista eran suficientes para construir un magnífico desahogo a mis ansias de aventuras. ¿Qué más podía desear?

Me despedí, en Marsella, de mi buen capitán Pierre y regresé a Italia.

Los ojos del «pirata» no pudieron reprimir sus más dulces lágrimas cuando desembarqué en Génova. No se vuelve a ver, después de tantos años, Italia sin sentir que brota del corazón un manantial de amor y de devoción.

Aventuras periodísticas

Con el abandono del mar comenzó un nuevo periodo de mi vida, periodo en el cual gocé momentos de verdadera felicidad, ¡ay de mí!, muy breves, y en los cuales nació en mí la necesidad de escribir.

¿La necesidad de escribir? He aquí



ESCOLIANO, EL TIGRE DE MOMPRACEM, MOLINO, 1976.

una frase que, con referencia a mí, tiene un doble sentido.

Sentí primero la necesidad de escribir para dar desahogo al cúmulo de impresiones que había recogido durante mi vida aventurera. Pero, después, la necesidad moral se convirtió en necesidad material, en la triste necesidad de cambiar por pan páginas escritas.

Desprendiéndose de mi largo abrazo a mi retorno a la casa paterna, mi madre me había dicho:

—¡Cuántas cosas tendrás que contarme, Emilio mío! Durante tu permanencia en la India, nos has escrito sino raras veces y siempre te explicaste un poco vagamente... Ahora debes contármelo todo.

—Sí, querida mamá, te lo contaré todo... un poco aprisa —la había contestado, sustrayéndome a la mirada maternal.

Pero no se lo conté todo.

Durante mi periodo febril de actividad

malaya —digámoslo así—, estaba tan absorbido e identificado en mi papel, dedicado a defender una justísima causa, que no me daba cuenta de las dificultades que encontraría para contárselo a mis padres y a los amigos...

Ahora, en cambio, reintegrado a una atmósfera diversa, en el seno de mi familia, entre gentes serenas y laboriosas, viviendo de una existencia tan opuesta a la otra, me sentía como cohibido para decir la verdad.

¿Cómo hubiera podido explicar a mi madre, dama de exquisita sensibilidad, que, durante mis navegaciones malayas, no me había dedicado a la marina mercante, sino a otra ocupación que podía llamarse «piratería»?

Esta palabra habría asustado a mi madre. Difícilmente hubiera podido convencerla de que cuanto había hecho era justo y de que la causa que defendí era digna de admiración.

Y los mismos amigos, los desconocidos, mis antiguos compañeros de esgrima y de gimnasio, ¿qué habrían pensado si les hubiera referido los abordajes, junto a mis Tigres, de naves cuyas tripulaciones se rendían a nuestra sola aparición, tanto era el terror que esparcían aquellos corsarios malayos?

Me daba completa cuenta de que, en nuestro ambiente, no se hubiera apreciado en su justo valor el sentimiento «donquijotesco» que, además de la necesidad de vivir, me había llevado a seguir la suerte de un hombre que los pueblos civilizados consideran un bandido.

Sucede muy a menudo en la vida, que se invierte la propia concepción moral al cambiar de ambiente. Se ve uno entonces cohibido para exteriorizar ciertos entusiasmos que podrían dar lugar a equívocos peligrosos.

Por más que me hubiese esforzado en explicar los móviles que me arrastraban a aquellos famosos «abordajes», y por mucha pasión que hubiese puesto en defender las acciones de mis aventuras, era evidente que una sola palabra hubiera definido mi vida marinera de aquel tiempo: «piratería».

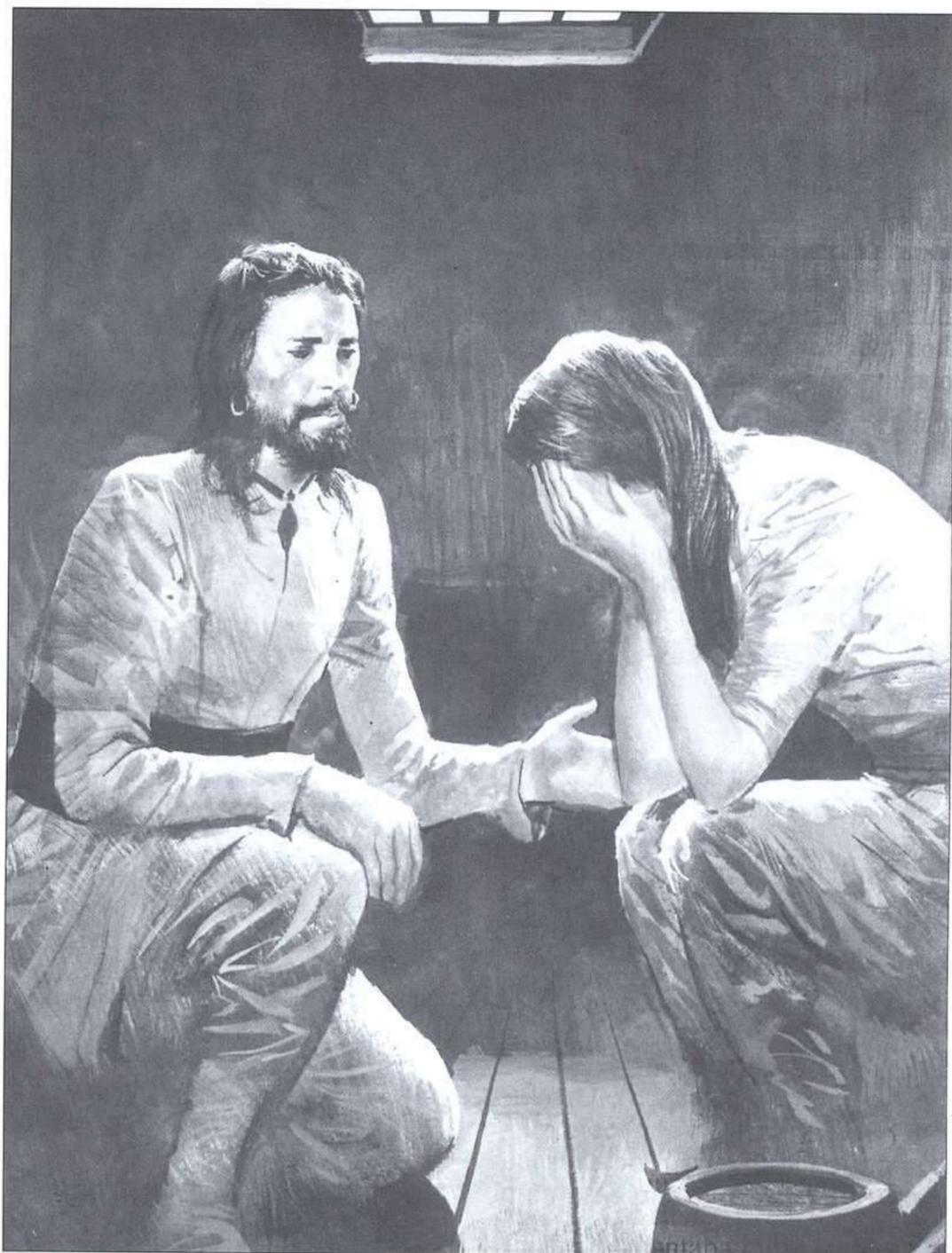
Por eso me impuse a mí mismo la consigna de callar. Únicamente me reservé el dar a conocer en forma indirecta mis aventuras durante la permanencia en el archipiélago malayo. Esta forma indirecta sería la novela.

Entretanto, para satisfacer la curiosidad de mi madre, me limité a contar episodios de tempestades, naufragios, desembarcos imprevistos en las islas desiertas... Callé todo lo que hubiese podido provocar inquietudes en su alma delicada.

Y así hice también con cuantos me interrogaban respecto a los episodios más notables de mi vida marítima.

Pero en mi fuero interno meditaba el propósito de resarcirme de aquel silencio y andaba maquinando argumentos y bosquejos de novelas, en las cuales haría figurar a los personajes por mí conocidos en los lugares visitados, añadiendo, naturalmente, episodios y nombres imaginarios y ocultando mi personalidad en algún ficticio personaje.

Este propósito no era determinado solamente por la satisfacción de revivir mentalmente mis aventuras: otra idea me guiaba.



G & LGESTIONI E LAVORAZIONI GRAFICHE, S. R. L., LOS TIGRES DE MOMPRACEN, GAVIOTA, 2002.

Sentía una profunda antipatía por aquella clase de literatura que casi todos los escritores y autores proporcionaban al público juvenil en aquella época. Las insulsas novelas llenas de sentimentalismo, que abarrotaban el mercado librero, no servían para otra cosa, en mi opinión, que para confundir cada vez más la mentalidad de la juventud italiana, que me parecía demasiado débil e inerte.

Me parecía que los escritores debían dedicar sus esfuerzos a otros argumentos más dignos. Los jóvenes italianos leían ya demasiadas novelas extranjeras de género sentimental y romántico; tenían necesidad de libros que templasen en ellos el sentido viril, que los preparasen a una vida de independencia, al sentimiento de la libertad personal, que les despertara la afición a los viajes, a los riesgos, a las hermosas aventuras.

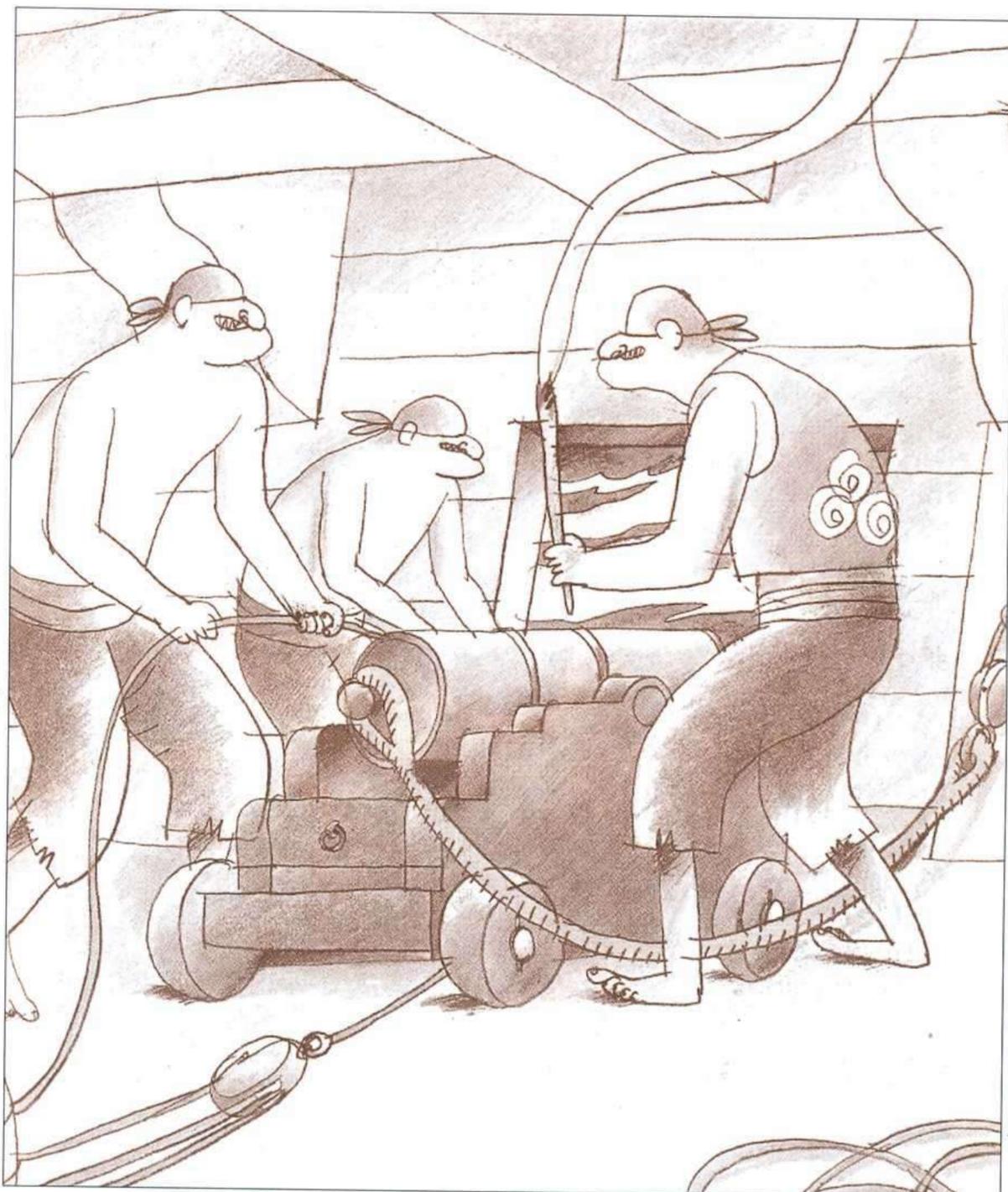
Siempre había considerado la afición al mar como una poderosa fuerza que

beneficiaría a Italia: ¿por qué nuestros escritores hacían gala de ignorarla?

Todos estos pensamientos afirmaron en mí el propósito de dedicarme con fervor a escribir algunas novelas, en las que los personajes serían, en gran parte, conocidos míos.

Así encontraría una compensación espiritual a aquella implacable necesidad de aventuras que todavía me dominaba. Las ideas no me faltaban, mi conocimiento de aquellas lejanas y atrayentes regiones era bastante profundo, la memoria me auxiliaba discretamente y la imaginación era alimentada por la misma irritación que me había obligado a abandonar, en el momento más crucial, aquella vida aventurera.

Me ensimismé en el trabajo con el mismo frenesí con que me había entregado a la vida marinera. Redacté apresuradamente muchas notas sobre los lugares que había visto y conocido, sobre



JAVIER VÁZQUEZ, EL CORSARIO NEGRO, SM, 1990.

el desarrollo de los hechos por mí vividos y la ampliación novelesca que de ellos se sacaba.

De todos estos apuntes saqué finalmente la idea de mi primer libro.

Lo titularía *Los misterios de la Jungla Negra*.

Entre tanto, me entusiasmaba la idea de ingresar en el periodismo, y fui admitido como cronista en el *Arena*, antiquísimo periódico de Verona.

Desempeñaba con fervor y celo mi cometido, pero no por eso descuidaba la labor en torno a mi novela.

Eran frecuentes las polémicas entre el *Arena* y el *Adige*.

La esgrima había sido una de mis aficiones y, a juicio de todos, me batía bastante bien. Siempre he sostenido que la esgrima debe formar parte de todo plan educativo; esta noble gimnástica estimula la facultad de pronta decisión y sirve para educar la voluntad. Aparte de lo be-

neficia como ejercicio físico, la esgrima lleva consigo el beneficio moral de hacer al hombre decidido, pronto a la defensa; sirve, además, para desarrollar el sentido intuitivo. Los asaltos de esgrima nos ponen frente a la astucia de los otros, y pronto se aprende a conocer las falsas intenciones de los adversarios y el objeto a que tienden.

Volviendo a mi caso, diré que un redactor del *Adige* no perdía ocasión de zaherirme con sus pullas de mejor o peor ley, y comencé a molestarme.

Un día me encontraba en el café Dante, en la plaza dei Signori. Sorbía tranquilamente un refresco. El individuo entró en el café y me dirigió una mirada provocadora, seguida de una sonrisa burlona.

Se sentó y pidió un refresco.

Me levanté calmoso y lento. Me acerqué a su mesa y dije:

—Me imagino, señor, que su guiño

será una invitación a que le dé mi respuesta.

El suspendió la bebida. Me miró de modo despreciativo y dijo:

—No me incomode... no pretendo ninguna respuesta de un marinero de agua dulce.

—En cambio, pienso que no le sentará mal una contestación —añadí.

Y le largué una bofetada tan bien dada, que el imprudente joven cayó hacia atrás con la silla en que se sentaba. Entonces me incliné y le alargué muy cortésmente mi tarjeta de visita.

Escogí a mis padrinos, y después de una larga tramitación, todo fue convenido. Mi adversario eligió el sable de combate, no dando importancia al hecho de que, siendo yo mozalbete, en la «Bentegodi», de la que era socio, había vencido en varias competiciones.

En la ciudad se hablaba mucho del altercado y la historia llegó a oídos de mi madre.

La víspera del desafío me abrazó cariñosamente y con lágrimas en los ojos me requirió renunciar a aquel duelo.

—¿Qué dices, madre...? Lo que pides es absurdo.

—¡No te batas, Emilio! Tengo un mal presentimiento.

—¿No batirme? ¡Esto es imposible! Me convertiría en la mofa de los periodistas.

—¡No importa! Lo mejor será que abandones el periodismo.

—¡Abandonaré el periodismo, pero antes debo batirme!

Me desligué de aquel abrazo y huí.

Las lágrimas de mi madre me destrozaban, pero la idea de no batirme resultaba completamente absurda.

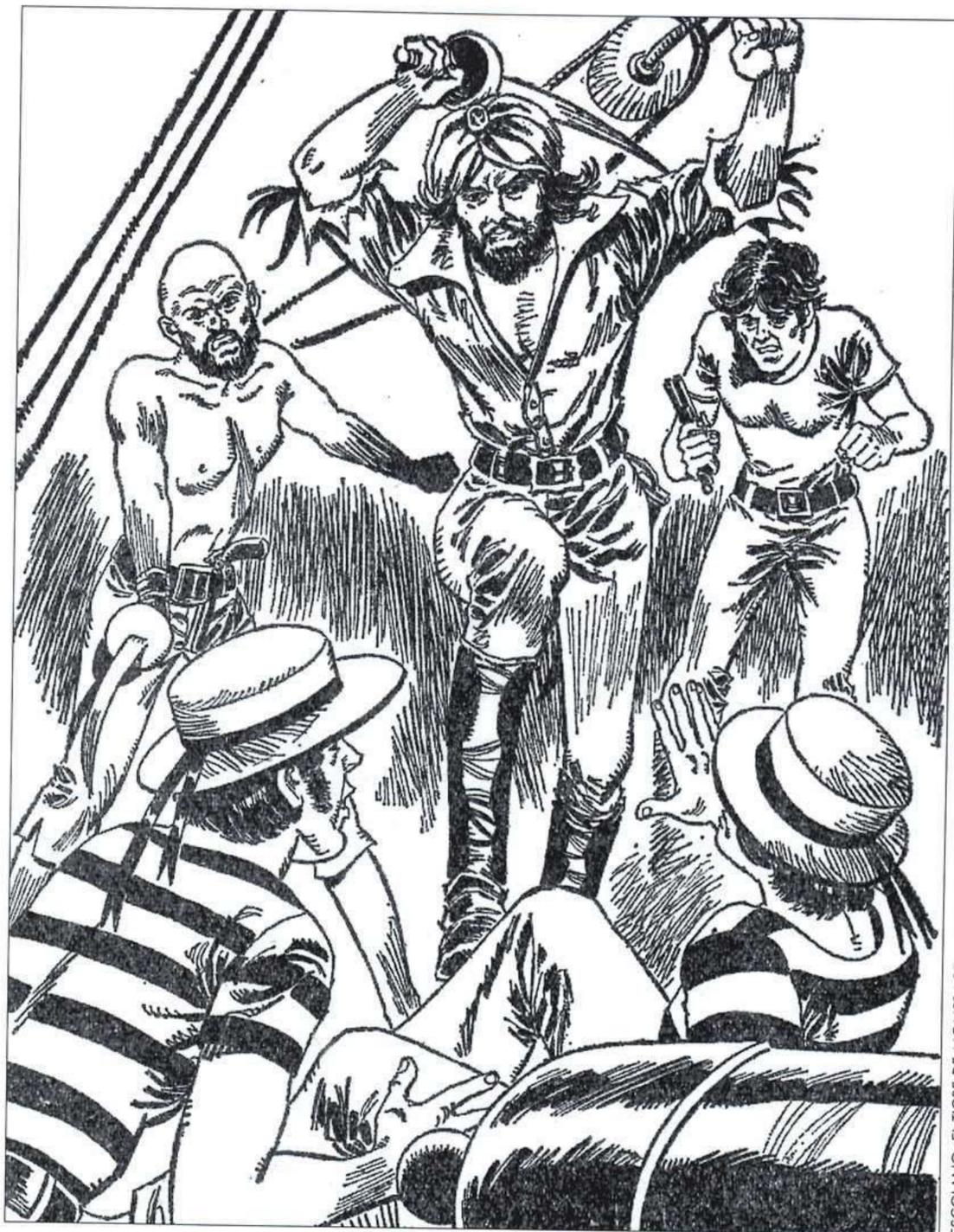
Y nos batimos.

Los tristes presentimientos de mi madre no se realizaron. Después de cuatro furiosos asaltos, mi adversario cayó en brazos de sus padrinos con el rostro bañado en sangre.

Mi sable le había producido una herida bastante profunda, cuya señal quedó en su frente para toda la vida. Así, aquel caballerete pagó bien caro el gusto de dar bromas de mala ley.

Menos caro pagué yo mi sablazo... pero lo pagué.

Creía que todo habría terminado con el encuentro, pero me equivoqué... Pa-



ESCOLANO, EL TIGRE DE MOMPRACEM, MOLINO, 1976.

sados unos días me encontré con una citación para comparecer ante el tribunal de Venecia con objeto de sincerarme de lo ocurrido.

El tribunal me condenó a una multa de cincuenta liras y a cincuenta días de prisión en una fortaleza.

Cumplí mi condena en la fortaleza en Peschiera. Pero fue una pena soportable.

La cumplí jugando partida tras partida con los oficiales de la guarnición, comiendo discretamente y bebiendo mejor.

La viveza de mi temperamento no se atenuaba.

Las pasadas aventuras me habían avezado al peligro y la vida cotidiana me parecía insípida y monótona.

Un nuevo suceso contribuyó, finalmente, a dar salida a mis sentimientos: ¡el amor!

No había olvidado a la bella Dulcinea que Inglaterra me había raptado... no había olvidado a la extraña y hechicera

miss Eva, que fue mi heroica compañera de aventuras ecuatoriales. No... pero la aparición de un nuevo motivo de amor hizo revivir en mí todos los mejores sentimientos.

Había entonces terminado la novela *Los misterios de la Jungla Negra*, y para experimentar el efecto que tendría en el público, la envié a la *Gaceta de Vicenza*, que la había aceptado con entusiasmo prometiéndome una equitativa retribución.

En efecto, la retribuyó con... cincuenta liras.

¡Comenzaba bien mis negocios editoriales!

Galeote de la pluma

En el teatrillo Aporti, de Verona, se había organizado algunos años después de los sucesos narrados una compañía de

aficionados, que actuaba cada domingo con fines benéficos. Yo era un asiduo concurrente de aquellas representaciones, con gran asombro de mis colegas, los cuales no comprendían que tuviese gustos tan «primitivos», y en vez de encaminarme a las representaciones de excelsos artistas prefiriese bostezar en el teatrillo Aporti.

Y lo bueno de éstos es que no me limitaba a asistir como espectador a aquellas representaciones, sino que entretenía también a los lectores de mi periódico con articulitos encomiásticos e ilustrativos, referentes al caso.

Las alabanzas iban claramente dirigidas a cierta actriz.

Y esto concluyó por llamar la atención del redactor jefe.

—Salgari, ¿usted intenta representar alguna obra suya en el teatrillo Aporti?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque veo siempre elogios dedicados a la «amada».

Y se echó a reír.

—No es mi «amada», pero me gustaría mucho que lo fuese.

En efecto, la causa de mi asistencia al teatrillo Aporti era una sola: el amor. ¡El amor más puro, más secreto y más de colegial!

Aída se contaba entre las más inteligentes y más bellas actrices de aquella compañía de aficionados de buena voluntad.

Sus ojos y su sonrisa agradable e infantil habían herido mi corazón profunda y románticamente. Pero no osaba descubrirle mi afecto.

El terrible capitán de los Tigres de Mompracem se había convertido en tímido corderillo ante la hermosa y dulce criaturita. Pero comprendía que a la muchacha no le era indiferente. Sabía que me debía los elogios hacia ella que aparecían en el periódico y me estaba agradecida, pero yo no le había dicho mi nombre. Cuando lo supo me miró en silencio, como impresionada y asombrada.

Después de unos minutos preguntó:

—¿Usted es Emilio Salgari?

—Yo soy.

—Pero, ¿lo dice usted formalmente?

—¿Por qué no ha de ser formalmente?

¿Por qué no quiere que sea Emilio Salgari?

—Porque usted me daba miedo cuando era niña.

—¿Yo le he dado miedo? ¡No creía que fuese tan feo!

—No me refiero a su rostro. Hablo de aquellos famosos carteles que tapizaban hace años las fachadas de las casas de Verona. ¿No se acuerda? Eran grandes cartelones en los que había pintado dos ferocísimos tigres que despedazaban a dos negros y debajo ponía en caracteres de palmo: «¡Ciudadanos de Verona! ¡Alerta! ¡El Tigre de la Malasia viene de Camino!».

—Me acuerdo... Eso fue un reclamo muy acertado de mi editor. Pero no comprendo...

—Es fácil de comprender: yo era entonces una niña... ya mayor, pero una niña.

—Una preciosa niña.

—No divaguemos... Pues bien, la vista de aquellos tigres me infundía terror y su nombre iba siempre asociado a aquel terror.

—¿Es posible? ¿Tenía usted miedo de unos tigres pintados?

—Figúrese usted que mi abuelo se valía de aquellas fieras para darme miedo y para impedirme hurtar la mermelada.

—¡Oh, qué graciosa! ¡Usted hurtaba la mermelada y su abuelo...!

—Mi abuelo decía con acento terrible: «Ten cuidado, porque el Tigre de la Malasia te comerá si tú te comes la mermelada»; y yo, estúpida, lo creía y era buena.

—¿Y no ha vuelto a hurtar mermelada?

—No hay que exagerar... la cogía igualmente, sólo que lo hacía con miedo a los tigres.

—¿Y entonces...?

—Entonces la mermelada parecía todavía más buena.

—¡Ah, ya comprendo...! El fruto prohibido. De ese modo mi nombre va unido en sus recuerdos al miedo a los tigres y a la mermelada.

El tono simpático y desenvuelto de la graciosa Aída me envalentonaba. Me lancé al abordaje con toda la energía de un Tigre de Mompracem.

—Señorita —dije—, ¡preferiría que mi nombre fuese unido al de usted!

¡Ya está hecho!

El abordaje se realizaba. ¡Ahora era necesario ver si la nave enemiga estaba resuelta a aceptar combate y arrojar al mar al pirata!



JAVIER VÁZQUEZ, EL CORSARIO NEGRO, SM, 1990.

La señorita se puso roja como una amapola. Después supe que se había puesto roja de alegría. Asomó en su boca una sonrisa y contestó:

—En cuanto a eso... es necesario que hable de ello en mi casa.

Un día después de haber perdido a mis progenitores, pensé abandonar el periódico *Arena* y dedicarme completamente a la literatura.

Entonces, casi solo en el mundo, ansioso de paz y de afectos, decidí pedir por esposa a mi Aída y, en efecto, el 30 de enero de 1892 me casé con mi adorada Aída, la madre de mis hijos.

Acababa de escribir mi segundo libro, *El Rey de la Montaña*.

Aída lo había leído y su entusiasmo fue tal que me dijo:

—Emilio, querría decirte una cosa.

—Dila, querida.

—Tenemos que bautizar a nuestro primer hijo con el nombre de tu héroe.

—¡Aceptado!

Con un pequeña cantidad que había conseguido ganar, nos trasladamos a Turín. Fue mi primera etapa y aquí vino a la luz Nadir.

Errabundo aún, Cuorgne, pueblecito simpático del Piamonte, nos hospedó por algún tiempo; Génova fue mi nueva etapa: en Sampierdarena mi Aída concibió aquel diablillo de Romeo.

En Génova encontré mi primer editor, que me ofreció trabajo por una retribución irrisoria. No obstante, bajo el peso de la familia, tuve que contentarme con aquella oferta y me ligué con aquel hombre.

Sí, porque antes de poder iniciar mi trabajo tuve que comprometerme a escribir para el editor, y solamente para él, durante algunos años; y por añadidura había de exponerle en un extracto el argumento de cada volumen a fin de que él pudiese aprobar o no mi nueva novela.

¡Condiciones lastimosas y humillantes!

Ya pueden imaginar; tres mil miserables lirras anuales era mi estipendio; y tenía que trabajar indefectiblemente día y noche para ganar aquella cifra, porque mi contrato me obligaba a entregar tres volúmenes al año.

¡Una verdadera monstruosidad! Sin embargo, las exigencias de la familia me imponían aquella inmensa tortura.

El pan; había que ganarse el pan. El editor me lanzó, es verdad, con deslumbradoras cubiertas, pero vendía ejemplares tras ejemplares ... y yo... yo me atreaba en emborronar cuartillas y cuartillas para no morir de hambre.

Y así continué; la necesidad fue para mí como el lazo estrangulador de mis *thugs*.

Podría explicar muchas y amargas cosas sobre este tema; pero, ¿para qué? ¿Con qué objeto?

Cuando mis hijos fueron cuatro, mis penalidades se multiplicaron.

¡Aquellos que, como yo, se ven obligados a vivir de la pluma, me comprenderán!

¡Sólo ellos saben cuán doloroso calvario sufre cotidianamente el escritor...! Pero hoy un pensamiento doloroso me atormenta.

Nada, nada podré dejar a mis hijos: ellos se verán obligados al duro trabajo para vivir.

Pero cuando ellos lo sepan, me perdonarán, estoy seguro de ello. Perdonarán a este desgraciado «galeote de la pluma» que hoy, fatigosamente, por respetar un compromiso, se coge la cabeza entre las manos, oprimiéndola con esfuerzo doloroso para que salga todavía de su cerebro alguna fantasía para cambiarla por pan y medicinas.

¡Ay de mí! ¡También en medicinas para la madre de mis hijos...! para la compañera de mi vida destrozada...

Los últimos años de mi existencia

Me siento agotado, quebrantado. Las noches insomnes me abaten más allá de mis fuerzas. He luchado con mi tenacidad habitual: siento que mi cabeza no funciona; el cerebro se ha secado antes de tiempo y, sin embargo, debo conti-



CARLO LINZAGHI, LOS TIGRES DE MOMPRACEM, ANAYA, 1988.

nuar: la familia tiene necesidad aún de mi inspiración, de mi trabajo agotador.

Mis hijos son aún muy jóvenes para ayudarme, para proporcionarme un descanso, que sería más que merecido. No he sabido en mi vida lo que es una diversión, nunca jamás; siempre el pupitre, el feroz e implacable pupitre que a cada momento quiere que trabaje y produzca nuevos libros, nuevas novelas. ¿Distracciones? ¿Placeres? Ninguno, absolutamente ninguno...

Mi Aída me infunde valor. Ella inspiró muchos trabajos, a ella debo gran parte de mi fama. Pero todos estos escritos, ¿qué beneficios me reportaron? ¿Cuáles?

La sombra, peor aún, la oscuridad.

Llega la vejez, nada tengo para pasarla tranquila: sólo la eterna pluma, el eterno tintero y mi inseparable cigarrillo. El alivio me lo procura el tabaco: cien cigarrillos cotidianamente me dan

fuerza para sostenerme en pie, el alimento no.

1908

Me siento próximo al derrumbamiento: ¡la ceguera llama a mis puertas!

La fiebre de las selvas, la terrible fiebre adquirida durante mis peregrinaciones por las islas malayas, me debilita rápidamente. He pedido una demora a mi editor para descansar. Me la ha concedido, pero mi familia no debe sufrir por ello.

¡No tengo palabras, no tengo fuerzas! ¡Me espanta la ceguera! ¡Dios mío! En nombre de Dios imploro que esto no suceda, que no se imponga el castigo...

¡Hurra para mis hijos, para mi pobre compañera, para todos!

1909

Por fortuna he podido conjurar el peligro mediante los buenos cuidados que

ha prodigado mi médico De Silvestre.
¡Soy casi feliz!

1910

(Salgari, en el año 1910, intentó suicidarse dándose una puñalada en el pecho, en una crisis de locura. Vivía entonces en una villita en la Madonna del Pilone, cerca de Turín.)

... Hijos míos, perdonad mi acto de insania. Sí, he atentado contra mi vida; habría cometido un grave delito privándoos de mi brazo; pero, en fin, son los disgustos, los ma...

No me juzguéis severamente. La lucha no es posible. Pierdo terreno diariamente; pierdo ánimos; las crueles fatigas, los dolores, las preocupaciones, me matan. Siento que la existencia se me escapa. Todavía procuraré tomar aliento, trabajar.

¿Podré resistir? Estoy demasiado enfermo, pero buscaré, lo haré todo por vosotros, hijos míos: daré las últimas ideas a mis fieles lectores, los cuales no me olvidarán, espero...

Diciembre de 1910

Ya no tengo nada que deciros... En mis precedentes páginas os lo he dicho todo, os he narrado mis pasiones, todas mis aventuras, mi mísera existencia, y ahora basta.

¡Esto se ha terminado!

El último golpe, la ruina de mi existencia, ha llegado.

He perdido cuanto tenía de más querido, ¡mi Aída! Aquella que todo lo compartió conmigo, aquella que sufrió con mis pesares, mi inspiradora, mi amiga, mi alma.

Ahora la he perdido; está demente. ¿Qué me queda en la vida?

¡Haz, Dios mío, que eres grande y misericordioso, que pueda superar esta horrenda tormenta, haz que no abandone a mis hijos!

¡Una tenaza me muerde, me aprieta duramente el corazón!

¡Es la neurastenia que me quita la voluntad de luchar!

Sin embargo, el pensamiento de mis hijos que están aquí... Ellos no saben nada de mis espasmos...

... Me siento perder, mi vida declina, ha llegado el fin, ha llegado el fin...

24 de abril de 1911

... Hijos míos, vuestro padre camina hacia las tinieblas, hacia el destino fatal. No hay precipicio, no hay obstáculo que pueda detenerme, que pueda hacerme retroceder, no, ¡no hay nada absolutamente!

¡Cuántas lágrimas vertidas a escondidas, en las terribles noches en las que oía los alaridos de vuestra madre, los gritos de mi Aída, que no volveré a ver más!

... Nos hemos amado tanto, hasta la locura. Ella ha sufrido demasiado, pobre amor mío; su cerebro se ha rendido antes que el mío. ¡Puedo deciros que fue mi compañera fiel, fiel esposa y madre ejemplar! Ahora que ella se separa de mí, ahora que me abandona, perdiendo la luz de la razón, ahora que se va de mi lado, no veo más que tinieblas, que horrores, que noche!

Lloro, lloro con vosotros por la triste desgracia que nos ha herido, que destruye mi pequeña felicidad. A ti, Nadir, que siempre has sido mi brazo derecho, confío a Fátima, a Romeo y al pequeño Omar; tú sabrás educarlos haciendo de padre... porque tu padre, que en este

momento escribe estas líneas, ya se siente morir.

Protege a tu madre, ocúltale la horrenda verdad y yo muero... contento. Allí... en lo alto, la esperaré... desde lo alto os ayudaré...

¡Y vosotros haceos honor! Trunco, trunco mi existencia rompiendo la pluma.

Que estas palabras sirvan de testamento: nada poseo, nada puedo dejaros; solamente mi recuerdo. Pero he dado a la Patria alguna cosa... ¡le he dado mis novelas!

El otro día he mentido diciéndoos que iba a ver al señor Mattirola para activar algunos asuntos. No fue así, Nadir: fui a comprar un cuchillo, la hoja que ha de desgarrar mi cuerpo...

Os beso apasionadamente; besad a mamá en mi nombre y adiós para siempre. Mañana no existiré.

Vuestro padre, Emilio Salgari. ■

Nota

En este artículo reproducimos fragmentos del libro *Mis memorias*, de Emilio Salgari, editado por Parsifal en 1989, y traducido por Juan Oliva. Reproducción autorizada por Parsifal Ediciones.



CARLO LINZAGHI, LOS TIGRES DE MOMPRAEM, ANAYA, 1988.